

LA VIDA EN EL CAMPO: DIFERENTES PERSPECTIVAS DEL SER
CAMPEÑO



Universidad
del Cauca

DAYANNA MEDINA ERAZO

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL Y LITERATURA

POPAYÁN

-2024-

LA VIDA EN EL CAMPO: DIFERENTES PERSPECTIVAS DEL SER
CAMPESINO



Universidad
del Cauca

DAYANNA MEDINA ERAZO

Trabajo de grado para optar por el título de Licenciada en Literatura y
Lengua Castellana

DIRECTOR

DR. JUAN FELIPE RESTREPO DAVID

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL Y LITERATURA

POPAYÁN

-2024-

NOTA DE ACEPTACIÓN

El director y jurados del trabajo de grado “La vida en el campo: diferentes perspectivas del ser campesino” presentado por la estudiante Dayanna Medina Erazo, una vez revisado el informe final y aprobada la sustentación del mismo, autorizan a su autora para que realice gestiones administrativas correspondientes a su título profesional.

Director

Jurado

Jurado

Popayán, 2024

Contenido

DEDICATORIA.....	6
AGRADECIMIENTOS.....	7
INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO I.....	12
VESTIGIOS DEL ORIGEN.....	12
1.1 Habitar, adorar y cultivar.....	12
1.2 Los campesinos y su clamor por la tierra.....	18
CAPÍTULO II.....	32
SER FELIZ CON LAS MANOS EN LA TIERRA.....	32
2.1 El campo como hogar, la escritura como voz.....	32
2.2 <i>Terrateniente</i> : una perspectiva de lo que significa habitar el campo.....	39
2.3 Habitar el campo con la valentía y bondad de una mujer.....	47
CAPÍTULO III.....	52
RELATOS DE LA VIDA QUE ME ACOMPAÑA.....	52
3.1 Infancia la raíz, cosecha el amor.....	52
3.1.1 Entre montañas el destino.....	58
3.1.2 Lágrimas de soledad.....	59
3.1.3 La esperanza va más allá de la muerte.....	61
3.2 Cultivo de recuerdos, raíces de amor, frutos de alegría.....	65
3.3 La historia en imágenes.....	73
CONCLUSIONES.....	74
ANEXOS.....	81

Tabla de ilustraciones

Figura 1. Rocío Vélez de Piedrahíta en el campo	51
Figura 2. Cosecha de recuerdos	73

DEDICATORIA

Este trabajo de grado está dedicado a todos los hombres y mujeres que cultivan, sin descanso, la tierra, hombres y mujeres de cuyas manos brota vida: los campesinos. A aquellas personas que ven el mundo como nadie más lo hace, comprendiendo el valor infinito de la tierra, del sol y la lluvia, de la siembra y la cosecha. A ellos, que conocen profundamente lo que significa luchar y persistir por lo que se anhela, que con su trabajo incansable convierten semillas en frutos.

AGRADECIMIENTOS

Desde lo más profundo de mi corazón, agradezco a Dios por permitirme sentir su presencia cuando más lo he necesitado, a lo largo de estos cinco años de carrera y del último año mientras llevaba a cabo esta investigación que un día fue un sueño.

Agradezco a mi familia por la inmensidad de su amor, por hacerme sentir la calidez de su alma y la bondad de su corazón en cada instante de mi vida. A mi mamá, por creer siempre en mí, por compartir conmigo su valentía, por estar presente cada vez que el mundo se me vino abajo, por alentar mis sueños; a mi hermanita Mariana, por permitirme sentir un amor antes no conocido, fraternal, entrañable, por, con solo siete años, dictarme algunas de las citas incluidas en este trabajo, para que me rindiera; a mis abuelos, María y Luis, por ser calma y sonrisa cada vez que el mundo me fue miedo, por ser la inspiración principal para orientar esta investigación hacia la ruralidad, por contarme innumerables veces la historia de su vida y por enseñarme a amar el campo, lo que somos.

Gracias a mi director de tesis, el profesor Juan Felipe Restrepo, por convertir cada asesoría en motivación, por contar con las palabras indicadas para hacerme creer en mí y en mi proyecto, por lograr que sintiera alegría cada vez que planeábamos el siguiente paso de este trabajo y por supuesto, gracias por compartir su amplio conocimiento, por ser guía en este proceso. Agradezco también a la profesora Patricia Aristizábal, por recordarme a mí y a mis compañeros, la importancia de leer obras escritas por mujeres, por invitarnos a profundizar en ese mundo, es gracias a ella que esta investigación contiene el análisis de la obra de una mujer y es por las autoras que he leído que me motivé a tomar el camino de la creación literaria.

Gracias a cada persona que es parte de mi historia, incluso a los que ya no están, todos, a su manera me han enseñado algo y esa recopilación de aprendizajes es lo que soy, lo que me mueve y lo que me ha traído hasta aquí, por eso también me agradezco a mí misma, por aprender, por perseverar, por atreverme a enfrentar mis temores, a luchar contra aquello que parece más grande que yo pero que en realidad está en mí, por mi sensibilidad que a veces duele pero otras muchas veces hace que me maraville ante lo más sencillo de la vida, ante mis campos y mis cielos, ante una caricia liviana y una mirada profunda, ante la existencia que es en realidad, compleja.

Vivir sensible, sentir mucho. Eso es lo que me ha hecho amar la ruralidad tanto como lo hago, sentirme orgullosa del origen de mis antepasados, de mis raíces y escribir todo un trabajo de grado inspirado en ese sentimiento, buscando generar algo.

Finalmente agradezco a la escritora Claudia Ivonne Giraldo y a la señora Carmen Piedrahíta, por brindarme parte de su tiempo, por su voluntad sincera, por hablar conmigo sobre Rocío.

INTRODUCCIÓN

El campo, sus habitantes y costumbres conforman una parte importante de nuestra sociedad; la labor de los campesinos es imprescindible para la seguridad alimentaria, su conocimiento sobre el cultivo de la tierra es ancestral, por ende, invaluable, y su forma de relacionarse con el mundo está circundada por la naturaleza, lo que genera una mayor sensibilidad ante ella. En el campo hay infinitas historias, experiencias de vida únicas que merecen ser contadas, que merecen hacerse visibles, sin embargo, en la literatura escrita por mujeres en Colombia poco se aborda el tema de la ruralidad y en general, en la tradición literaria colombiana suele abordarse solamente en relación con su historia de violencia.

A lo largo de la historia del país los campesinos se han visto obligados a luchar por sus derechos, en especial por su derecho a la propiedad, al trabajo y a la vida digna, lo que demuestra que han sido un grupo poblacional inferiorizado, víctima de la desigualdad social. Esta situación se relaciona con el poco interés que hay acerca del campo, puesto que mantiene al resto de la población alejada de él y eso se ve reflejado en la literatura, en la poca literatura que aborda la ruralidad sin relacionarla directa y únicamente con la violencia.

Por lo anterior y con la finalidad de analizar la forma en que se relata el campo en la literatura escrita por mujeres, se eligió una de las pocas obras que aborda la temática; *Terrateniente* (2020) de la escritora antioqueña Rocío Vélez de Piedrahíta; ahí, a pesar de que los personajes principales son grandes hacendados, se evidencia un conocimiento amplio del medio rural y sus tradiciones que permite profundizar, por una parte, en la exploración de lo que significa habitar el campo en esta obra y, por otra, en las experiencias de vida que llevaron a la autora a interesarse en el tema, relacionando así, vida y obra.

A través de la creación literaria se propone una manera de pensamiento y análisis en cuanto hay en ella una aprehensión de lo leído, sentido y vivido, pues no solo participa la dimensión racional, sino también, y, sobre todo, la imaginativa y sensitiva. En este ejercicio investigativo la creación literaria permite mostrar una perspectiva diferente de lo que es vivir el campo, esto con el propósito de dar visibilidad y poner en texto algunas historias del día a día en el medio rural, de aquellas que se han ignorado, invitando a una reflexión sobre el diálogo o contraste que se genera entre la producción propia y las situaciones presentes en la obra de estudio (*Terrateniente*).

Para cumplir con los objetivos de manera clara, este trabajo contiene un total de tres capítulos, cada uno de ellos compuesto de dos o tres partes. El primero, “Vestigios del origen”, se centra en la relación milenaria del ser humano con la tierra, profundizando en los primeros indicios y prácticas agrícolas que marcaron un hito en la evolución de la humanidad, además explora el papel determinante que tuvo la mujer en la gestación del cambio. En la segunda parte se hace un recuento histórico de la lucha constante de los campesinos colombianos por la tierra y se destaca la importancia de reflexionar al respecto.

El segundo capítulo titulado “Ser feliz con las manos en la tierra” inicia con la definición del término “campesino”; a partir de ahí se resalta el valor de Rocío Vélez de Piedrahíta para la literatura de la ruralidad en Colombia y cómo su experiencia de vida tiene una relación directa con los temas que plasmaba en su obra. Seguidamente se realiza el análisis literario de *Terrateniente* (2020), teniendo en cuenta aspectos como el desarrollo de los personajes en el entorno rural, la relevancia de los campesinos en la historia y la autonomía de los personajes femeninos.

El tercer capítulo es la parte netamente creativa de este trabajo, se titula “Relatos de la vida que me acompaña” e inicia con una narración en tercera persona sobre la vida de María

y Luis, dos personajes que se han dedicado a trabajar la tierra desde que eran niños; de diferentes formas, mucho antes de conocerse. Su historia se entrelaza con fragmentos que se centran en la vida de otros personajes, recurso que resulta útil para presentar una mayor diversidad de vivencias. El segundo relato es una especie de autobiografía, que hace énfasis en la conexión con el campo desde la experiencia propia, es también una cavilación sobre lo que significó crecer en medio de la ruralidad.

Finalmente, hay un apartado de “Conclusiones”, en el que se reflexiona acerca de las preguntas que quedan abiertas a raíz de esta investigación, las posibles respuestas y la razón de construir un tercer capítulo creativo como respuesta a esa poca literatura rural que hay en Colombia.

CAPÍTULO I

VESTIGIOS DEL ORIGEN

1.1 Habitar, adorar y cultivar

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás”.
(Reina Valera, 1960, Génesis, 3:19)

Tierra y hombre son uno mismo desde siempre, para siempre. Venimos de la tierra, la habitamos, creemos que nos pertenece cuando en realidad nosotros pertenecemos a ella y al encontrar nuestro final, sobre ella nos deshacemos. Retornamos. Esa conexión primitiva entre el ser humano y la tierra que nos acompaña desde el principio de los tiempos, desde la creación de Adán, la evolución del *homo sapiens* o el nacimiento de Gea, un día hizo sentir a nuestros antepasados que cultivar, sembrar y cosechar eran el camino hacia la permanencia, hacia la continuidad maravillosa y vital. Así fue.

La aparición de la agricultura (durante el neolítico) cambió el destino de la humanidad, nos hizo más cercanos, más vívidos, nos enseñó sobre la profundidad de nuestro ser, sobre los sueños, sobre las raíces de nuestra vida. “Mientras que antes la humanidad había vivido sólo precariamente de la recogida de alimentos (la caza y la recolección de vegetales), ahora los hombres se convirtieron en verdaderos labradores de la tierra” (Campbell, 1999, p. 23), eso, labrar la tierra significa recibir de ella a la vez que entregarse a ella.

La tierra se convirtió en parte fundamental de la vida del hombre, en la esencia del día a día, aprender a cultivarla significó el inicio de una nueva era, de una nueva forma de vida, fue el primer paso hacia la estabilidad, hacia el hogar. La agricultura y el establecimiento de las primeras aldeas tuvieron una relación directa y eso permitió a los hombres detenerse, descansar, dejar de andar y andar buscando el alimento, alimento que es vida, les concedió el

don de tenerlo en sus manos como fruto de sus propias siembras y así aprender de la sabiduría de la tierra, aprender para luego enseñar, para compartir y crecer junto a los otros, con los otros; formar una comunidad, un hogar.

Precisamente la vivienda trajo consigo una organización del mundo sumamente diferente a la que implicaba el ser nómadas, cambiaron las prioridades y con ello las creencias; para el agricultor, el “mundo verdadero” es el espacio en que vive: la casa, la aldea, los campos de cultivo mientras que el “centro del mundo” es el lugar consagrado por los ritos y las plegarias, pues de ese modo es como llega a establecerse la comunicación con los seres sobrehumanos (Eliade, 1999, p. 72). De manera que se logró el establecimiento de un espacio para cada hecho importante y con ello una mayor estabilidad.

A su vez, la posibilidad de habitar un lugar, de nacer y crecer en una casa es una oportunidad de valor incalculable, que en la actualidad y desde su aparición nos ha permitido a hombres y mujeres tener un refugio, una cálida primera experiencia de contacto con el universo y con nuestro interior, con nuestra infancia. De acuerdo con Bachelard (2014):

La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma [...] (p. 30).

Es importante resaltar la clara afinidad entre casa y tierra, pues de múltiples formas nuestro primer hogar fue y es la tierra, de ella surgimos, en ella habitamos, y en ella reposamos al final de nuestra historia. Nuestra forma de habitar la tierra derivó en el encuentro con la casa.

También es destacable la manera en que la agricultura permitió un cambio en la forma de pensamiento respecto a la importancia y el valor inmaterial de la tierra, aquel descubrimiento le dio al hombre una conexión de profundidad y belleza infinita, le permitió encontrar una raíz. Las creencias espirituales empezaron a girar en torno a la tierra, se

buscaba respuesta: ¿cómo era posible que del suelo nacieran plantas de las que se podía obtener alimento?; los mitos principales de los cultivadores primitivos daban como respuesta a una deidad, diferente según cada cultura, pero siempre era un ser sobrenatural el responsable original de los frutos y las plantas en la tierra.

Según Mircea Eliade (1999), una de las creencias más conocidas surgió en Nueva Guinea, donde se pensaba que las plantas brotaron inicialmente del cuerpo descuartizado de Hainuwele, una doncella semidivina, de forma similar, en otras culturas se pensaba que los tubérculos eran excrecencias de alguna divinidad. Frente a esto el historiador plantea que es determinante identificar la relación que construyeron los cultivadores entre su trabajo y la muerte, puesto que significa que al alimentarse de las plantas o sus frutos se alimentaban permanentemente del cuerpo de la diosa. Así que el cultivo se relacionaba con un tipo de “muerte renovadora”.

Lo anterior es de gran importancia porque evidencia la relación estrecha entre la tierra y lo femenino; asociar los cultivos y sus frutos con diosas es relacionarlos con la figura de la mujer, incluso, de acuerdo con Joseph Campbell (1999), durante la aldea neolítica, se empezó a rendir culto a la diosa Tierra al considerarla patrona de la fertilidad en Levante o a “la Gran Diosa” en Sumeria, cuyo poder incluía el del Espacio, el Tiempo y la Materia. Todo esto permitió que el papel de la mujer en el culto y en la sociedad se volviera trascendental, tanto que se instaura un nuevo orden de costumbres centrado en la figura femenina al que se denominó *orden del derecho materno*¹.

Además, esta relación entre tierra y mujer no era solamente de manera general, también se tenían en cuenta y se exaltaban las virtudes exclusivas de la naturaleza femenina; el ciclo menstrual y la concepción/maternidad. De acuerdo con Campbell (1991), la aparición

¹ El término se encuentra ampliamente explicado en el libro *Las máscaras de Dios. Mitología occidental* de Joseph Campbell. Aunque como se ha explicado con brevedad, hace referencia a la veneración de la diosa como sustentadora de la vida y por ende, a la exaltación de las mujeres al considerarlas sus representantes directas.

de numerosas estatuillas de mujer alrededor del 4500 a.C. sugiere “la obvia analogía de los poderes dadores y nutridores de la vida de la mujer con aquellos de la tierra [...] que deben haber conducido al hombre a asociar la fertilidad femenina con una idea de la maternidad de la naturaleza” (pp. 171-172). Así que tanto tierra como mujer son madre, alimento y vida, entonces volver a la tierra durante la muerte es volver a la madre.

Aquella relación entre la mujer y la tierra conllevó a que se les atribuyeran grandes responsabilidades a las mujeres en relación con el cultivo y con la fertilidad de los campos, puesto que, “La fertilidad de la tierra y la fecundidad de la mujer se solidarizan; en consecuencia, las mujeres se convierten en responsables de la abundancia de las cosechas, pues ellas son las que conocen el «misterio» de la creación” (Eliade, 1999, p. 69). Se puede ver que se le atribuye cierta sacralidad al cuerpo femenino, tal vez en algunos sentidos ya la poseía, pero esta conexión con la tierra la incrementó y dejó a la vista la sabiduría poderosa poseída por las mujeres gracias a sus experiencias femeninas.

Todo lo anterior logró que el papel de la mujer en la agricultura se convirtiera en indispensable, transformando totalmente el orden social establecido por la caza, donde el hombre era el responsable de la familia. Según Mircea Eliade (1999), debido al desarrollo de sus conocimientos sobre la domesticación de las plantas y el manejo de las semillas, las mujeres se convirtieron en propietarias de muchos de los terrenos cultivados, así surgió la *matrilocación*, que llevó a los hombres a vivir en la casa de sus esposas y a depender de ellas, de sus conocimientos.

Estos acontecimientos determinantes permiten comprender con claridad que, si bien como humanidad hemos tenido una conexión profunda y vital con la tierra, esta fue desde el principio crucial en la vida de las mujeres; les abrió caminos, les dio la libertad de trabajar al aire libre, de profundizar en sus capacidades como cultivadoras, les permitió saberse sabias y reconocer la belleza de su cuerpo capaz, como la tierra, de generar vida.

Sin embargo, con el paso del tiempo las cosas cambiaron y los papeles nuevamente se invirtieron, mujer y diosa/madre pasaron a segundo plano. De acuerdo con Campbell (1999):

Hacia el final de la Edad del Bronce y, con más fuerza, en el amanecer de la Edad del Hierro (alr.1250 a. C. en Levante), las antiguas cosmologías y mitologías de la diosa madre fueron transformadas radicalmente, reinterpretadas, e incluso en gran medida fueron suprimidas por aquellos repentinos intrusos, los guerreros tribales patriarcales [...]. (p. 24)

Es decir que *el orden del derecho materno* fue desplazado por el orden opuesto, el del *patriarcado*, en el que la figura masculina se convirtió en el centro de la organización social.

Campbell además afirma que aquellas tradiciones cuya figura central es el hombre son las que han llegado hasta nuestra época mediante diversas creencias mitológicas y religiosas, eso es cierto y se puede evidenciar, por ejemplo, con la Biblia, uno de los libros más vendidos de la historia, donde no se ve reflejada la presencia explícita de “la diosa” y los actos realizados por las mujeres giran, mayoritariamente, en torno a la existencia de los hombres. A pesar de esto, en la Biblia también se evidencia con claridad aquella relación indispensable entre el ser humano y la tierra, entre el alimento, el cultivo y la vida.

En el Génesis, la creación del hombre se describe de la siguiente manera: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Reina Valera, 1960, 2:7), después, como es bien sabido, Dios creó a la mujer a partir de la costilla de Adán; al tener en cuenta que para los cristianos Adán y Eva son considerados los padres de la humanidad, es posible afirmar que nuestro origen común, según esta perspectiva, es la tierra, todos venimos de ella, pues nuestro padre fue creado a partir del polvo y nuestra madre a partir de él.

En la Biblia el cultivo de la tierra también tiene un papel importante, Dios bendice la tierra para que de ella nazcan plantas y frutos, de lo contrario si la ha maldecido de ella no

brotaran los alimentos, un ejemplo claro es el momento en que Dios se dirigió a Caín después de que este hubiera asesinado a su hermano Abel; le dijo: “Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra” (Reina Valera, 1960, Génesis 4:11-12). Castigo sabio al tener en cuenta que Caín se dedicaba a labrar la tierra, de hecho, es uno de los primeros hombres en hacerlo de acuerdo con el Antiguo Testamento.

Otro ejemplo son las palabras de Dios hacia Noé cuando llegó a tierra firme después del gran diluvio: “Mientras la tierra exista, siempre habrá siembras y cosechas; siempre hará calor y frío, siempre habrá invierno y verano, y también noches y días” (p. 52). Así que, en la Biblia es importante la tierra y el cultivo, pero ya no en relación con la diosa. Precisamente, según Campbell (1999) la primacía de las creencias en torno a lo masculino llegó hasta nuestros días y eso ha influido directamente en los ideales sobre la mujer y su función en la sociedad.

En la actualidad, la situación de las mujeres del campo es poco favorable, ya no hay culto a la diosa, ya no se relacionan los ciclos de la mujer con la productividad de la tierra, por tanto, el líder de la familia, dueño y encargado de los cultivos es el hombre. A las mujeres que habitan el campo se les quitó hace mucho el papel fundamental que jugaban en la producción de alimentos y se les asignó la pesada labor de ser “amas de casa”; estar a cargo de los hijos, cocinar para los peones, atender al esposo y, si queda tiempo, “ayudar” a los hombres en los trabajos de la tierra. Pero por ninguna de esas labores se le reconoce como trabajo.

De acuerdo con Diana Medrano y Rodrigo Villar (1988), lo anterior tiene relación directa con la familia como elemento principal para el desarrollo de la “socialización primaria”, es decir, la familia es uno de los primeros vínculos que como seres humanos

formamos al nacer, es el primer contacto que tenemos con la sociedad y es por eso que de ahí parten nuestras perspectivas principales sobre los roles de género y la manera en que nos entendemos como seres sociales. Precisamente, el hecho de que en las sociedades rurales latinoamericanas “el espacio social femenino ha estado tradicionalmente ligado al área de la reproducción doméstica [...], moldea e incide de manera importante en el tipo de interacción social que ella [la mujer] desarrolla (Medrano y Villar, 1988, p. 15). Es decir, crecer viendo a las mujeres de nuestra familia como personas dedicadas netamente al hogar, influye directamente en nuestros² ideales de comportamiento femenino.

Además, según el PNUD (2011), las mujeres rurales en Colombia son víctimas de una “triple discriminación”: la primera se da por ser mujeres, la segunda por ser campesinas y la tercera se debe a la violencia que históricamente ha afectado al campo en el país. Esta situación ha generado que muchas mujeres campesinas no cuenten con derechos fundamentales como el derecho a la educación o a la propiedad, y no porque no estén legislados, sino porque, por una parte, las zonas rurales están tan olvidadas que no hay una regulación adecuada frente al tema, y por la otra, el machismo en el campo es muy fuerte y los pocos privilegios van directamente a manos del hombre.

1.2 Los campesinos y su clamor por la tierra

Anhelar la tierra, cultivarla, llegar a amarla y luego, vivir en una lucha constante para poder habitar en ella. Esa es, sucintamente, la historia de los campesinos en Colombia. En un principio nuestros antepasados fueron libres, bebieron agua de las fuentes infinitas que surcaban la tierra por la que caminaban, se detuvieron frente a cientos de árboles, frente a los más diversos arbustos, cosecharon sus frutos y les dieron gran valor en su paladar, corrieron alegremente por bosques y llanuras, contemplaron amaneceres deslumbrantes desde lo más

² Con “nuestros” me refiero especialmente a las mujeres que habitamos el campo porque ahí hay menos oportunidades de tomar rumbos diferentes al mantenimiento del hogar y no es para nada frecuente encontrar profesionales, por ejemplo, en mi familia, yo soy la primera mujer que asiste a la universidad.

alto de las frescas montañas donde, a su vez, respiraban el aire más puro, más virgen. Danzaron con fuerza bajo la lluvia, sintieron el olor profundo de las flores, se dejaron impregnar por él, cubrieron sus cuerpos con barro, con hierbas, con oro, y entonces, empezaron a sembrar, a labrar la tierra o a convertirla en arte, expresando su esencia a través de ella y de sus minerales, poniendo en práctica la alfarería y la orfebrería para dejar grandes huellas de su historia, de nuestra historia.

Todo cambió a partir de 1499, cuando se llevaron a cabo las primeras expediciones españolas en el litoral Atlántico, puesto que más adelante se fundaría la primera ciudad, Santa María de la Antigua del Darién (Melo, 2022), y a partir de ahí la vida de las comunidades indígenas que habitaban nuestro territorio se transformó de manera definitiva; la primera gran pérdida fue la de la libertad, los colonizadores se adueñaron de ella y así, se adueñaron de todo. Venían de un lugar con una organización social definida, con tradiciones y creencias sumamente diferentes a las que encontraron en “el nuevo mundo”, así que decidieron imponer las suyas sobre las de los nativos americanos; con la fundación de ciudades y poblados se daba, por supuesto, privilegio a la vida urbana ya que el objetivo era “civilizar”; al respecto, Jorge Orlando Melo precisa que:

La ciudad, que era primero la ciudad de los conquistadores, implica la creación de espacios para el culto religioso y la convivencia (iglesia y plaza), el trazado lineal de las calles y el establecimiento de espacios dedicados al comercio, a la administración y al gobierno (cárcel, picota, casa del cabildo, aduana, etc.). (2022, p. 11)

Toda esta organización contribuía de manera directa con el cobro de tributos y el control que se ejercía sobre los indígenas, de esta manera se abrió paso a un territorio donde el poblamiento agrupado era esencial para mantener el orden recién establecido, así, a finales del siglo XVI, los españoles tomaron numerosos terrenos en propiedad mientras que a los indígenas se les asignaron extensiones mínimas, según Melo (2022), con la intención de que

sus cultivos fueran pocos e inestables, porque en cualquier momento sus terrenos podían volver a manos del rey.

Naturalmente, debido a la situación, muchos nativos empezaron a buscar su hogar en lugares alejados de las zonas habitadas, de las ciudades, encontrando así una forma de deshacerse del pago de tributos, del trabajo obligatorio y de los tratos inhumanos. A pesar de que los españoles trataron de controlar la situación mediante actos crueles, como, por ejemplo, la quema de las viviendas que estuvieran fuera de los centros poblados (Melo, 2022); la persistencia de nuestros ancestros fue más fuerte, cada vez eran más quienes buscaban la tranquilidad del campo y de esta manera se empezó a conformar una población rural importante. A partir de estos acontecimientos se puede hablar de población campesina en el país.

Además, es natural que como respuesta ante tanta crueldad los indígenas buscaran alternativas que les dieran la oportunidad de abrazar nuevamente su dignidad, de sentirse dueños, por lo menos, de sí mismos, de poder despertar y decidir que hacer cada día, sin amenazas, ultrajes, vejaciones y desafueros. Sin violencia, sin dolor.

De esta manera se puede dar cuenta que, en cierto sentido, se retorna a la vida y a las tradiciones del pasado; se habita el campo, se quiere la tierra, se busca estar lejos de las grandes poblaciones y se anhela la libertad. Sin embargo, después de la Independencia, a principios del siglo XIX se seguían destruyendo los resguardos indígenas, pero esas tierras ya no pasaban a manos del rey, sino que eran adjudicadas en propiedad a otros pobladores (Melo, 2022). Estas decisiones y acciones son probablemente el principio del problema de la tenencia de tierras en Colombia que continúa hasta la actualidad y que ha ocasionado grandes conflictos a nivel social, como se verá más adelante.

En aquella época se volvió común la figura de aparceros y colonos, pues se “repartieron baldíos para promover la colonización extranjera y buscar una economía de

exportación rural, en su mayoría a grandes propietarios, pero en buena proporción también a colonos pequeños” (Melo 2022, p. 14). Esto significaba que los pequeños productores sin propiedades debían pagar periódicamente para poder cultivar en tierras ajenas (con dinero o con la repartición de las cosechas), y así lo hicieron porque cultivar era un camino hacia la esperanza, para muchos era lo único conocido. Cultivaron para subsistir porque para nosotros los campesinos, desde el principio el interés por la tierra se ha basado en el amor hacia esta, en encontrarla como una grata oportunidad ante la necesidad; cuando no se tenía nada se cultivaron los campos y al cultivarlos fue posible vivir con dignidad, así aprendimos a conocer la tierra, a trabajar *con* ella, a quererla.

Ahora bien, durante el siglo XIX, la repartición de baldíos se llevó a cabo de tal manera que los más afectados fueron los pequeños productores/campesinos, puesto que se aplicaban modelos similares a los del periodo de colonización y a eso se suma la deuda externa con la que quedó el país producto de la guerra de independencia. Según Absalón Machado (2017), “el siglo XIX es la centuria del reparto alegre de las tierras públicas, tal como lo fue durante la colonia el otorgamiento de tierras realengas, las capitulaciones y la composición, que transfirieron grandes extensiones a unos pocos propietarios” (p. 20). Por supuesto, aquellos “pocos propietarios” eran en su mayoría hacendados y terratenientes, personas que no se involucraban de manera directa con el cultivo de la tierra. Se interesaban en ella por el poder que otorgaba, porque se valorizaba rápidamente y era posible arrendarla para obtener ganancias sin mayor esfuerzo físico, ya que este lo realizaba el aparcerero, arrendatario o el peón.

Además, Machado (2017) expone que en “los primeros años de la república hubo tres modalidades de entrega de baldíos: a) asignaciones para el pago de la deuda pública, b) la construcción de obras públicas y c) el fomento y ampliación de la frontera agrícola” (p. 22), es decir, se hizo uso de las tierras públicas para enfrentar los principales problemas que tenía

el país en ese momento a nivel socioeconómico; este proceso se realizó a través de bonos mediante los que se entregaba la tierra de manera relativamente sencilla, a precios muy bajos, lo que favoreció a quienes contaban con mayor capacidad adquisitiva.

Evidentemente esta situación generó grandes problemas de desigualdad, sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX se dio inicio a la ejecución de algunos cambios en la ley que favorecieron, por fin, a los colonos o pequeños campesinos, puesto que se empezaron a tener en cuenta sus derechos de propiedad en relación con el cultivo directo de la tierra. Una de las leyes trascendentales fue la número 61 de 1874 en la cual se ratifica que:

[...] todo individuo que ocupe terrenos incultos pertenecientes a la Nación, a los cuales no se les haya dado aplicación especial por la ley y establezca en ellos habitación y labranza, adquiere derecho de propiedad sobre el terreno que cultive, cualquiera sea la extensión. (Machado, 2017, p. 208)

La creación de esta y otras leyes que buscaban amparar a los colonos favorecían, a su vez, la capacidad de exportación del país; por ejemplo, la Ley 48 de 1882 ordena que “los baldíos asignados volverían al Estado si en diez años no se había establecido en ellos alguna industria agrícola o pecuaria” (Machado, 2017, p. 28). Se empezó a hablar, entonces, de “extinción de dominio”, lo que dejaba en evidencia un interés en que la tierra permaneciera en constante producción. A pesar de esto, el porcentaje de tierra que se les asignó a colonos y campesinos siguió siendo muy inferior en comparación con la que poseían los terratenientes o hacendados, por lo que el problema de las grandes extensiones de tierra en manos de pocos propietarios persistía, lo que significó la privatización inadecuada de las tierras públicas.

Ante esta situación, las inconformidades de los campesinos se hacían cada vez más evidentes, por lo que el siglo XX se volvió determinante en su proceso de lucha y resistencia. A principios de este lo que solicitaban era una mejora en el trato y las condiciones al interior

de las haciendas, ya que el nivel de control, explotación y abuso de poder era excesivo, por ejemplo, Donny Meertens (2000) expone que:

los hacendados en zona cafetera, ante la inexistencia de una normatividad clara con respecto a los títulos de propiedad, usurpaban los terrenos -una vez cultivados y valorizados- de los colonos, expulsándolos o convirtiéndolos en campesinos dependientes de la hacienda (peones o arrendatarios), en condiciones de servidumbre [...] en muchas haciendas de la época se contaba con una especie de prisión o calabozo para domar campesinos alzados contra su “amo”. (pp. 60-61)

Situaciones como esta ocasionaron que las pequeñas organizaciones campesinas que en un principio, según Meertens (2000), se habían mantenido en lo local, se hicieran visibles en el plano nacional; los campesinos empezaron a hacer exigencias mayores al Estado y a denunciar las inconsistencias que se presentaban en las haciendas, de esta manera en los años veinte se aprobaron varias leyes que buscaban regular la tenencia de tierras y propiciar la legalidad de los títulos de propiedad, como, por ejemplo: la Ley 47 de 1926, en la que se “aclara que toda persona puede adquirir, como colono o cultivador, título de propiedad sobre los terrenos baldíos en donde se haya establecido con casa de habitación y cultivos permanentes, en una extensión no mayor de diez (10) hectáreas” (Machado, 2017, p. 210).

Así mismo, uno de los acontecimientos más importantes de principios del siglo XX fue la denominada “prueba diabólica” que hacía referencia a la Sentencia de la Sala de Negocios de la Corte Suprema de Justicia del 15 de abril de 1926, en la que se exigió el título original de la propiedad, es decir, el título en el que el Estado traspasaba la propiedad a los particulares y los acreditaba como dueños. Teniendo en cuenta los intereses de los terratenientes y las inconformidades de los campesinos, es claro que dicha sentencia iba a suscitar múltiples reacciones e incrementar los conflictos entre ambas partes porque, por más diferente que fuera el modo de vida para cada sector, ambos buscaban lo mismo: la tierra.

Precisamente, los arrendatarios empezaron a solicitar sembrar café en su propia parcela, hecho de gran importancia porque de ese modo empezaron a reclamar la propiedad sobre los predios, lo que conllevó a que muchos pudieran vender sus productos en el mercado de forma independiente (Machado, 2017). Al respecto Donny Meertens (2000) precisa que:

La libertad de cultivo se convirtió en el eje de lucha de las organizaciones agrarias; con ella se desafiaba el corazón mismo del sistema de la hacienda, que combinaba el monopolio sobre la tierra con el monopolio sobre fuerza de trabajo y sobre la comercialización del café. La siembra de café por parte de los arrendatarios estaba absolutamente prohibida. (p. 66)

Lo anterior explica no solo el porqué de la prohibición, sino también la posterior reacción de los terratenientes, pues, dar libertad a los colonos de cultivar uno de los productos más importantes y rentables del momento era un acto que ponía en riesgo su poder y debilitaba el sistema de manejo/opresión que tenían consolidado en las haciendas. Además, Machado (2017) menciona que, si bien desde finales del siglo XIX los colonos empezaron a oponerse a la firma de contratos de arrendamiento, fue en los años treinta donde esto se intensificó y empeoró el conflicto entre colonos y terratenientes, estos últimos, como lo manifiesta Catherine LeGrand (1984):

Arrojaron semillas de pasto en las cosechas de los campesinos y echaron ganados a sus parcelas; destruyeron puentes para cortar el acceso a los mercados y llevaron a prisión a los líderes de los colonos bajo cargos falseados. [...] también formaron bandas de vigilantes, las cuales intimidaban hasta a los más recalcitrantes colonos para hacerlos olvidar sus reclamos. (p. 34)

Ante este abusivo y complicado panorama, en el que los campesinos eran incluso despojados de sus tierras para luego verse obligados a pagar para poder cultivarlas, los conflictos se hacían cada vez más graves y las leyes recién establecidas no fueron suficientes,

más porque no se cumplían a cabalidad. De manera que surgieron en el país las primeras “Ligas Campesinas”, organizaciones dispuestas a luchar incansablemente por su derecho a la tierra, por una reestructuración agraria definitiva. Según Absalón Machado (2017): “la ruptura ocurrió cuando los campesinos, bajo el mando de Erasmo Valencia y Juan de la Cruz Varela, crearon las primeras ligas y sindicatos agrarios, que buscaban liberarse de las condiciones de sumisión y malos tratos de las haciendas” (p. 45). Este hecho es crucial porque a partir de ahí el movimiento campesino empezó a caracterizarse por sus numerosas y fuertes protestas que a lo largo de los años han generado cambios importantes. Además, es importante recordar que: “Sólo en 1931 se consagró legalmente el derecho de los campesinos de agremiarse. Hasta ese momento las organizaciones llevaban denominaciones netamente urbanas, aunque muchas ligas funcionaban ya de hecho con ese nombre” (Sánchez, 1977, como se citó en Meertens, 2000).

Así, en busca de dar una solución definitiva al problema de la tierra y a la apropiación de baldíos el gobierno expide la Ley 200 de 1936 también conocida como la Ley de tierras, cuyo Artículo 1º dice:

Se presume que no son baldíos, sino de propiedad privada, los fundos poseídos por particulares, entendiéndose que dicha posesión consiste en la explotación económica del suelo por medio de hechos positivos propios de dueño, como las plantaciones o sementeras, la ocupación con ganados y otros de igual significación económica.

(Departamento Administrativo de la Función Pública, p. 1)

Como se puede ver, el ideal era fomentar la explotación de la tierra, que el cultivo lograra incrementar la producción de bienes de consumo, se esperaba que los campesinos al ser los más interesados en trabajar la tierra, resultaran favorecidos.

Debido a las grandes expectativas respecto a las nuevas leyes, los conflictos se disiparon por algún tiempo, sin embargo, a mediados de los años cuarenta volvieron a tomar

fuerza, en gran parte, por la creación de otras normativas que buscaban la capitalización del sector rural. Según Machado (2017), los años cuarenta significaron un gran retroceso en cuanto a reformas sobre la tierra, durante ese periodo se les prohibió a los arrendatarios la siembra de cultivos permanentes, además:

Los peones trabajaban hasta 12 o 14 horas diarias y algunos propietarios subieron los precios de los arriendos. Los salarios agrícolas se habían estancado e incluso disminuyeron en muchos lugares, y el acceso a los servicios de salud y otros registraban una gran precariedad. (Machado, 2017, p. 50)

En pocas palabras, lo que se estaba exigiendo con las constantes luchas era una vida digna. Basta detenerse a pensar un momento para darse cuenta de que la vida de un campesino colombiano en aquella época era miserable; lastimosamente el Estado no respondió de manera activa a pesar de que, de acuerdo con Machado (2017), en 1947 se había creado el Ministerio de Agricultura con el objetivo de buscar mejoras para el campesinado.

Durante varios años las condiciones para los campesinos no mejoraron, de hecho, el interés sobre cambiar el asunto de las tierras parecía nulo, pues no había una institución que se encargara exclusivamente de ello, “solo con el Frente Nacional y la creación del Incora en 1963 se abrió la posibilidad de volver sobre ese tema con la idea de hacer una reforma agraria” (Machado, 2017, p. 52). Esto no quería decir que las luchas campesinas hubieran desaparecido, al contrario, durante los años cincuenta se habían avivado en regiones como Sumapaz y Tequendama, de acuerdo con Machado (2017):

Las organizaciones campesinas de esas regiones no se plegaron a la amnistía que Rojas Pinilla ofreció a los grupos de autodefensa campesina alzados en armas [...]. Estos grupos fueron la base de la creación de las FARC en 1964, en defensa de la opresión y persecución del régimen conservador [...]. (p. 53)

A partir del surgimiento de las FARC-EP, la violencia se elevó de una manera alarmante a nivel nacional; muerte, desplazamiento, miedo y dolor eran la historia de cada día y lo fueron durante más de cincuenta años. Si los campesinos ya eran víctimas del abuso de los terratenientes y de la negligencia del Estado, con semejante oleada de barbarie muchos fueron arrojados al límite de elegir entre el terruño que habían conseguido con tanto dolor y sufrimiento, o su vida, y la de aquellos a los que más amaban. Abandonar el campo significaba abandonar la única forma de vida conocida, dejar atrás la tierra que tanto se quería era una forma de cortar las raíces propias, la fuente de vitalidad, el fruto de sangres pasadas. Lamentablemente ese fue el destino de muchos.

La creación del Incora parecía el inicio de un cambio porque se planteó por primera vez la realización de una reforma agraria; reforma que se convirtió en la esperanza de los agricultores a nivel nacional pero que nunca se llevó a cabo, en gran parte debido al poder de las clases altas, de hacendados, terratenientes e incluso políticos que se opusieron, una prueba decisiva de ello fue la firma del Pacto del Chicoral.³ A pesar de que el campesinado se mostró en claro desacuerdo frente a lo pactado entre el gobierno y los terratenientes no hubo respuesta concreta por parte del Estado, hecho que empeoró porque el movimiento campesino empezaba a perder fuerza y muchos de sus líderes estaban siendo asesinados a nivel nacional.

Con la situación de la violencia saliéndose de control y siendo los campesinos las víctimas principales, en 1988 hubo un intento de reactivación de la reforma con la creación de la Ley 30. Un logro importante de esta fue que permitió la adjudicación de tierras a la pareja, es decir, por primera vez se tuvo en cuenta a la mujer en los títulos de propiedad⁴, además, determinó todos los terrenos rurales como aptos para la negociación o expropiación

³ Mediante este pacto el gobierno puso fin a las políticas sociales dirigidas al beneficio de los campesinos tradicionales y las reemplazó por el estímulo a la producción y el mercadeo a gran escala, a cambio de compromisos tributarios asumidos por los terratenientes (Arias, 2022).
Se firmó el 9 de enero de 1972.

⁴ Que solo hasta finales del siglo XX se creara una ley que tenía en cuenta el derecho de las mujeres a la propiedad es un ejemplo claro de la desigualdad de la que eran víctimas.

en favor de la Reforma Agraria (Machado, 2017); precisamente uno de los propósitos principales de esta ley era centrarse en el mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes del campo y otorgar apoyo a los pequeños propietarios para que logaran incrementar la producción de sus tierras. Nuevamente no hubo reforma y durante los años noventa los campesinos se vieron mucho más afectados por la violencia producto del narcotráfico.

Durante la primera década del presente siglo, se puede hablar nuevamente de un retroceso, sobre todo para los campesinos tradicionales, esto debido a que las políticas que se establecieron obedecían principalmente al interés de modernizar la agricultura y promover inversión empresarial e internacional, lo que significaba dejar de lado al pequeño productor. Además, con la supresión del Incora en 2003 se cerró de manera definitiva cualquier posibilidad de reforma agraria.

A partir del 2010 hay un cambio de rumbo debido a la creación de la Ley de Víctimas⁵ y el proceso de restitución de tierras, esto implicó que por fin se reconociera a nivel nacional la difícil situación a la que llevaban años enfrentándose las víctimas del conflicto armado, dentro de las que se encontraban, como ya se ha mencionado, miles y miles de campesinos. De acuerdo con el Ministerio de Justicia y del Derecho dicha ley es aquella:

por medio de la cual se establecieron medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno. Reconoce los derechos que tienen las víctimas a saber la verdad, a ser reparadas en el daño sufrido (no solo a modo de indemnización sino también rehabilitación física y psicológica, la reparación simbólica y la restitución de tierras), a recibir justicia y a que los hechos que les causaron dolor en el pasado no vuelvan a ocurrir. (2011)

A pesar de esto, el campesinado continuaba en crisis, puesto que su situación económica seguía siendo ardua, por eso, en el año 2013 se llevó a cabo en el país uno de los

⁵ Ley 1448 de 2011

paros más grandes e importantes de los últimos años, el paro nacional agrario, en el que participaron múltiples sectores campesinos que, de acuerdo con Edwin Cruz (2017) exigían al Gobierno, principalmente, reducir el precio de los insumos, controlar la importación de productos que se cultivaban (y cultivan) en el país y poder hacer uso de las semillas que ellos mismos producían; ya que, debido al Tratado de Libre Comercio firmado entre Colombia y Estados Unidos, la agricultura nacional se estaba viendo gravemente perjudicada.

Aquel paro demostró la gran capacidad de unión de los campesinos a nivel nacional y le recordó al país entero la importancia del sector agrícola, la importancia de la protección a la agricultura nacional. A lo largo de veintiséis días la nación se paralizó, los principales productos de la canasta familiar se encarecieron de forma alarmante, e incluso, se despertó la empatía de los habitantes urbanos hacia la justa lucha de los campesinos, en la que se derramó sangre y se perdieron vidas. A pesar de que se pactaron acuerdos en las mesas de negociación, muchos de estos no se cumplieron a cabalidad por lo que el inconformismo no desapareció definitivamente, aunque la protesta hubiera llegado a su fin.

De este modo, como respuesta a los continuos reclamos y a las evidentes inconformidades se creó el Viceministerio de Desarrollo Rural y el Viceministerio de Asuntos Agropecuarios, lo que abrió nuevas oportunidades al desarrollo rural, sin embargo, en el 2016, se despertó cierto temor debido a la creación de la Ley Zidres,⁶ ley que generó polémica porque, según Absalón Machado (2017), reproducía la idea de que “el desarrollo de esas zonas [baldíos] solo es posible en manos de grandes empresas a las que se asocien los pequeños productores que han obtenido baldíos legalmente” (p. 101).

Lo anterior permite evidenciar que, en profundidad, la historia no ha cambiado pues los problemas de los campesinos y la tierra en Colombia no se han solucionado por completo. A pesar de todo, es importante destacar que a partir del 13 de junio del 2023 se empezó a

⁶ Ley 1776 de 2016. Aparición de las Zonas de Interés de Desarrollo Rural, Económico y Social.

reconocer en Colombia al campesinado como sujeto de derechos y de especial protección. De acuerdo con el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (Ministerio de Agricultura, 2023):

Lo que hace este proyecto de acto legislativo es modificar el artículo 64 de la Constitución Política para que reconozca explícitamente que el campesinado es sujeto de derechos y de especial protección. Además, en el texto que quedó finalmente aprobado, se reconoció al campesinado como sujeto político.

Después de todo el contexto estudiado se hace evidente que, obtener este reconocimiento en la Constitución Política es un logro muy importante para el campesinado de nuestro país, puesto que es un camino que abre la posibilidad de reivindicar muchos de los derechos que durante décadas se les han negado. Es la oportunidad para luchar con más fuerza, con la fuerza de la tierra.

Centrar la primera parte de este capítulo en la relación estrecha que existe entre el ser humano y la tierra fue necesario para llegar a una mayor comprensión de las razones que nos llevaron a buscar en ella el alimento, de la forma en que se la relacionaba con la figura femenina y de la manera en que el surgimiento de la agricultura significó un cambio en las tradiciones que resultó definitivo para llegar al tipo de sociedad que conocemos en la actualidad. Indagar acerca de nuestro principio agrícola es recordar la importancia del oficio de los campesinos y visibilizar su trascendencia en la conformación de comunidades.

En cuanto al contexto histórico sobre el campesinado colombiano, cabe decir que es importante porque deja en evidencia su constante lucha, haciendo énfasis en los diversos problemas que los han afectado a lo largo de la historia y algunas consecuencias surgidas a partir de aquellas situaciones, invitando así a reflexionar sobre la trascendencia de este grupo poblacional para el resto de la sociedad.

Precisamente, dar visibilidad a la vida del campesino de manera general y particular es la motivación personal más grande para desarrollar esta investigación y uno de sus objetivos principales, porque como habitante del campo es fácil darse cuenta del poco o nulo interés sobre el tema, lo que conlleva al desentendimiento de las razones por las que los campesinos luchan y los derechos que reclaman. Si se logra cambiar la no-mirada de la gran mayoría, la situación puede transformarse, favoreciendo a la población rural; el primer paso de aquel cambio es la difusión, conocer la historia.

Una de las formas de dar visibilidad a la ruralidad es mediante la literatura, sin embargo, al estudiar la literatura escrita por mujeres en Colombia se hace evidente que sobre la vida en el campo se escribe poco, las obras que se centran en el tema son mínimas. De ahí nace el interés en estudiar una obra literaria donde la vida y el medio rural sean trascendentales para el desarrollo de la misma y de esa forma poder analizarla, profundizando en la perspectiva de campo que presenta y en la relación de los personajes con el entorno campesino; la obra elegida es *Terrateniente* (2020), de Rocío Vélez de Piedrahíta porque es una de las pocas que cuenta con las características que permiten cumplir con los objetivos del análisis, como se evidencia en el capítulo a continuación.

CAPÍTULO II

SER FELIZ CON LAS MANOS EN LA TIERRA

2.1 El campo como hogar, la escritura como voz

Son tantas las veces en las que las palabras se quedan cortas a la hora de definir algo, porque hay cosas, sentimientos, lugares y vivencias tan increíbles que conceptualizarlas es, de cierta forma, limitarlas; es lo que me pasa cuando pienso en el campo y en mi familia, dos cosas que han estado estrechamente unidas en mi experiencia de vida, que son profundas y vitales, tanto que parecen enlazarse de manera infinita con recuerdos, anhelos, emociones, días, noches, tormentas, sonrisas, lágrimas, temores e ilusiones. Cuando reflexiono acerca de lo que significa *campo* lo primero que llega a mi mente es *hogar*, hogar que huele a verde y a vaca; hogar que despierta y anochece en medio del cielo límpido y la tierra infinita; hogar donde se desayuna con el café que el abuelo cultiva y la leche de las vacas que ordeña; hogar que ha sido muerte y nacimiento, inundación y sequía, miedo y valentía. Hogar que es, sobre todo, siembra y cosecha.

Ahora bien, si campo significa tantas cosas, *campesino* significa mucho más, porque implica la experiencia de cada individuo en unión con la del resto, se convierte en un todo lleno de historias, tradiciones y vivencias. A mi manera de ver, imposible de abarcar en la palabra. Sin embargo, es posible llegar a la objetividad y profundizar en la manera que se ha entendido el ser campesino, especialmente en Colombia.

De acuerdo con el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (2017), para definir *campesino* es necesario tener en cuenta tres dimensiones: sociológico-territorial, sociocultural y económico-productiva; estas dimensiones delimitan de manera pertinente y clara lo que es ser campesino, pues abarcan la relación entre el sujeto, la tierra, la sociedad y el cultivo. De acuerdo con esto, el campesino es quien:

[...] tiene una vinculación estrecha con la naturaleza, en el proceso general de la producción a través de su trabajo. Por lo tanto, la actividad agrícola sigue siendo un elemento primordial de apropiación del campo, sin que esto excluya otras actividades que realice el campesino, mientras mantenga una vinculación con la tierra y la construcción de territorio a través del mercado, del intercambio cultural con otras comunidades y pueblos (ICANH, 2017, p. 3).

Además, son campesinos aquellos sujetos que “viene[n] del “campo”, quienes expresan su identidad en relación profunda con el agro, con las configuraciones territoriales y regionales de las que forman parte. Expresan su vinculación con ancestros campesinos (así provengan de otras zonas) y con su propia descendencia” (ICANH, 2017, p. 4).

De modo que no es campesino aquel que solamente habita el campo, pues existen muchos más factores que son determinantes a la hora de llegar a una definición, como, por ejemplo, la relación de la vida campesina con la cualidad de los sujetos de producir diversos alimentos (ICANH, 2017).

Teniendo una idea más clara de lo que significa ser campesino, es importante exponer que la literatura colombiana que aborda temas relacionados con el campo o los campesinos es muy poca hablando desde un panorama general; si se trata de escritura de mujer la producción es muchísimo menor, hecho que no sorprende, pues es bien sabido que históricamente las mujeres se han encontrado en desventaja frente a los hombres,⁷ por lo que dedicarse a la escritura les ha resultado más difícil.

⁷ Para más información al respecto se pueden consultar títulos como: *El segundo sexo* (1949), obra en la que Simone de Beauvoir profundiza en los roles que cumple la mujer durante las diferentes etapas de su vida, estudiando también la imagen de la mujer a lo largo de la historia; *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura Colombiana* (1991), que cuenta con varios ensayos centrados en las limitaciones impuestas por la sociedad a la escritura femenina; *Las mujeres en la historia de Colombia*, más específicamente el tercer tomo, *Mujeres y Cultura* (1995), que hace un acercamiento al contexto de las mujeres en el país relacionándolo con temas como la literatura; “La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres” (1986), que como su título lo indica, ahonda en la historia de la literatura escrita por mujeres y así permite entender el porqué de muchas de sus características.

Aproximadamente, desde la segunda mitad del siglo XX diferentes escritores y escritoras se han acercado más a la ruralidad, algo que se debe, en gran medida al incremento de la violencia en el país; hecho que afectó (y afecta) de manera directa a los campesinos, por lo que mediante la literatura se ha buscado dar visibilidad a aquellas dolorosas historias que son trascendentales para la memoria colectiva de nuestra nación, es decir, se ha escrito principalmente sobre la violencia y, por ende, del campo, porque es allí donde se encuentra gran parte de las víctimas.

De manera que, si se busca una literatura en la que se narre el campo por ser campo y no por estar circundado de violencia, el número de obras es mucho menor. Probablemente, durante el siglo XIX la novela de costumbres fue uno de los géneros que más exploró el tema,⁸ mientras que en el siglo XX la autora que más se acercó al campo mediante su obra fue Rocío Vélez de Piedrahíta, pues la ruralidad es un tema recurrente en sus cuentos y novelas, especialmente en *Terrateniente* (2020), obra sobre la cual se profundizará más adelante. En cuanto al presente siglo, se puede resaltar *Sofoco*⁹ (2021), libro de cuentos escrito por Laura Ortiz Gómez. Por supuesto, estos títulos no representan la totalidad de los que abordan el tema, pero sin duda son parte importante de esos pocos que han llegado a narrar el campo por ser campo.

Lo anterior es una de las razones que hace admirable la labor de Rocío Vélez de Piedrahíta como escritora, porque se atrevió, en una época y en un país que todavía no aceptaba del todo la escritura y voz de la mujer, a escribir sobre el campo, un tema de poco interés. En aquellos años, como lo explica Carriña Navia (2006), varias mujeres se habían puesto a la tarea de contribuir con los cambios sociales que se estaban dando en el momento,

⁸ En *Dolores* (1867) de Soledad Acosta de Samper, por ejemplo, la protagonista debido a su enfermedad decide alejarse de todos y se recluye en una pequeña casa en medio del campo, hecho que permite a la autora presentar descripciones muy bellas y precisas sobre aquel entorno rural. Algo similar sucede en *Alfonso: cuadros de costumbres* (1870) de Mercedes Hurtado de Álvarez, ahí Laura, uno de los personajes principales se ve en la necesidad de irse a vivir en un pueblo pequeño del Cauca y conocer sus tradiciones.

⁹ El entorno rural es fundamental para el desarrollo de varios relatos, no de todos.

especialmente los que ellas esperaban que favorecieran a su género, y la literatura era uno de los medios para lograrlo; esto lo demostraba constantemente Rocío Vélez, quien hizo uso de su obra para denunciar muchas problemáticas de la sociedad colombiana.

Roland Barthes en *La muerte del autor* (2019) hace una fuerte crítica a la importancia que se le da a la figura del autor en la tradición literaria, pues argumenta que en un texto quien habla es el lenguaje y no el autor, por lo que, según él, las obras no deben analizarse con base en dicha figura pues hacerlo así implica proporcionarles “un significado último, cerrar la escritura” (párr. 6); entonces, propone centrar la atención en el lector porque “la unidad del texto no está en su origen, sino en su destino, pero este destino ya no puede seguir siendo personal: el lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología [...]” (párr. 7).

El planteamiento de Barthes es razonable y se comprende dentro de las posturas del estructuralismo francés y del formalismo ruso del siglo XX, resultando de mucha importancia para la literatura, sin embargo, no es necesario encasillarse en una única posibilidad, puede analizarse/estudiarse un texto partiendo del texto mismo como también puede hacerse teniendo en cuenta elementos como el contexto o las experiencias de vida del autor. La decisión debe depender de lo que más resulte productivo o nutra el estudio. Esto es diferente en cada caso.

En esta investigación, tener en cuenta algunas experiencias personales de la autora permite hacer una interpretación en términos vitales y existenciales; traer la vida para analizar la obra se convierte en un ejercicio de expansión que demuestra la complejidad de la crítica literaria y que no siempre es necesario reducirla a lo meramente textual. Esto no quiere decir que resulte imposible estudiar los libros de Rocío Vélez únicamente por su contenido, pues no solo es factible, sino que en algún punto de este trabajo se hace.

Expuesto lo anterior, puede afirmarse con seguridad que una de las principales razones por las que Vélez de Piedrahíta se acercó a la ruralidad mediante su obra fue porque

el campo estuvo presente durante toda su vida; pues si bien Rocío fue una mujer citadina, de clase alta, proveniente de una familia ilustrada, con miembros cercanos a las letras e influyentes en la política, también tuvo la oportunidad de conocer y vivir el campo, de hundir sus manos en la tierra. De acuerdo con Carmen Piedrahíta¹⁰ (comunicación personal, 20 de octubre de 2023), Rocío visitaba con frecuencia y pasaba largas temporadas en la finca de su familia materna, que luego ella y su esposo adquirieron. Ahí tenía una gran huerta casera en la que cultivaba desde hierbas aromáticas hasta papas y maíz, además tenía ganado, por lo que sabía ordeñar y a hacer quesos, todo lo hacía por puro gusto y de esa manera se familiarizó con el medio rural.

Además, Carmen (2023) recuerda con especial cariño que a su madre le gustaba viajar, conocer los paisajes rurales de diferentes lugares de Colombia y así fue como una vez la llevó a ella y a sus hermanos a una vereda recóndita de Amalfi,¹¹ llegaron en burros, cuando el cielo mostraba su azul más oscuro y la llama de las velas fallecía. Durante su estadía Rocío no paraba de contemplar y de tomar notas en su libreta, como las tomaba también cada vez que visitaba a su hermana María Teresa, quien vivía con su esposo finquero en una hacienda del César, lejos de todo. Así era como la escritora aprendía y aprendía sobre el campo, sobre la lejanía, sobre la apertura de tierras y, por supuesto, sobre las formas de vida de las mujeres en aquellos sitios. Más adelante todo ese conocimiento se vería reflejado en su obra, demostrando que en casos como este “La producción imaginativa de las mujeres escritoras no se puede considerar independiente de las vidas de las mujeres y del contexto de sus vidas (Weigel, 1986, p. 84).

¹⁰ Carmen Piedrahíta es hija de Rocío Vélez y Ramiro Piedrahíta, gran conocedora de la obra de su madre. Tuve la oportunidad de hablar directamente con ella en una videoconferencia realizada el 20 de octubre del 2023, su aporte resultó imprescindible para el desarrollo de este capítulo, en especial, en lo que se refiere a la vida personal de la escritora y la forma en que sus vivencias se convirtieron en parte de su obra.

¹¹ Pueblo ubicado en el departamento de Antioquia. Los había invitado Mera, su empleada doméstica de muchos años a quien Rocío apreciaba mucho.

Aquella cercanía con lo rural, no solo representó una influencia importante en los temas que la escritora antioqueña narraba, sino también en la forma y el punto de vista desde el que lo hacía, poniendo de manifiesto en la mayoría de sus obras, la situación de la mujer en diferentes contextos, especialmente en el familiar, lo que deja claro que “escribir no es un acto aséptico y neutral, es un acto cargado de vivencias del que escribe y comprometido con la historia y la cultura en términos concretos” (Jaramillo y Osorio, 1995, p. 160). Un ejemplo admirable de lo anterior es *El hombre, la mujer y la vaca. Un cuento desagradable* (2021), obra publicada por primera vez en 1960, en la que la autora hace una fuerte crítica a la forma en que las mujeres son relegadas dentro de la familia debido a la indiferencia y al pensamiento machista de sus esposos y de los hombres en general, pues ellos “aseguran que las mujeres no valen, sino que cuestan [...]” (Vélez, 2021, p. 70).

En la primera mitad de la obra se narra la desdichada vida de Jesusita, una mujer rica a quien su esposo ha hecho a un lado, pero a medida que se desarrolla la historia aparece la víctima principal, una pobre campesina que muere de manera inhumana porque su marido y el patrón de este prefieren salvarle la vida a Amapola, una vaca Holstein que es la adoración de ambos.

Pero antes de llegar a aquel final se presentan también los aspectos más difíciles de la vida de aquella campesina (de quién ni siquiera se menciona el nombre); se deja en evidencia su situación de pobreza extrema, de encierro y de enfermedad como consecuencia de sus múltiples partos, situación frecuente para muchas mujeres del campo, sobre todo en la época de publicación de la obra.

También es preciso resaltar “Cuatro mujeres y el voto libre” (1959), cuento en el que la autora muestra el trasfondo del voto femenino presentando algunos de los hechos que pueden llevar a las mujeres a no ejercer su derecho al sufragio; en el caso de Carmen Emilia esa razón es la falta de libertad, pues se ha dedicado por completo a las tareas del hogar, vive

en el campo alejada de todo, su esposo pocas veces le permite visitar el pueblo y al convertirse en madre ha olvidado que es también mujer; con una vida así poder votar es su última preocupación. En *Muellemente tendida en la llanura* y *El siete cueros de Lía* también se hacen algunas alusiones a la vida del campo, especialmente con la descripción de visitas a fincas o cultivos que son propiedad de los protagonistas, aquellas descripciones son muy ricas y dejan ver el conocimiento de la autora acerca del tema.

Además, lo anterior deja en evidencia el compromiso de Rocío Vélez con la sociedad, puesto que se acercó a temas que hoy en día continúan siendo de gran importancia, como la pobreza, el machismo, la violencia, la configuración de la ciudad y las múltiples dificultades a las que deben enfrentarse las mujeres por vivir en una cultura patriarcal dominante. Aquellas narraciones y crónicas con tinte de crítica cobran más importancia al tener en cuenta el contexto de la escritora; como mujer de clase alta estaba expuesta a la desaprobación constante, en especial dentro de su mismo círculo social, algo de lo que ella probablemente era consciente, pues Mateo Cañas expresa que “desde sus 25 años, cuando en 1953 apareció su primera crónica en *El Colombiano*, afrontó los desafíos que le imponía el hecho de aventurarse al ámbito público desde la escritura siendo mujer”(s.f.). Y es que en aquella época todavía se esperaba una escritura sumisa por parte de las mujeres, es decir, era preferida aquella escritura que daba consejos sobre cómo ser una buena esposa, una buena madre o una buena ama de casa, por lo que las escritoras que se atrevían a ahondar en problemáticas sociales de mayor importancia debían ganarse el respeto, la credibilidad e incluso la validez de sus palabras, para ser leídas, para ser escuchadas, para que sus planteamientos fueran tenidos en cuenta o, por lo menos, no fueran censurados.

Así que Rocío Vélez conociendo bien las condiciones que rodeaban su escritura, encontró la forma de presentar fuertes críticas en su obra sin llegar a ser rechazada. Esto fue en gran parte porque su escritura contaba con humor sutil y un manejo preciso del lenguaje

que le permitían hacer denuncias de manera inteligente y sin exponerse demasiado al vituperio. Según Cañas (s.f.), la obra de Rocío significó un gran aporte a la literatura antioqueña no solo por su sátira característica, sino también por la “fundamentación investigativa de sus obras”, elemento que puede identificarse fácilmente en la mayoría de sus novelas y que demuestra la dedicación y el compromiso de la escritora.

Por último, es admirable la manera en que Rocío logró crear grandes historias partiendo de hechos cotidianos, que muchas veces llegaron a normalizarse por la frecuencia con la que sucedían; la antioqueña abrió un importante espacio de reflexión al darle la importancia necesaria a aquello que sucedía (y continúa sucediendo) en el diario vivir, pero frecuentemente se dejaba de lado. La intención clara de su obra era generar un cambio de mentalidad frente a los temas que trataba y, por tanto, lograr mejoras en la sociedad, especialmente a favor de las mujeres y su situación de desventaja en tantos y diferentes aspectos.

2.2 *Terrateniente*: una perspectiva de lo que significa habitar el campo

Terrateniente (2020) es una de las obras más importantes de Rocío Vélez de Piedrahíta, en el prólogo a su segunda edición la autora asegura que dedicó nueve años a la investigación para llegar a concretar el proyecto, además, confiesa que, al volver a leer la novela para su reimpresión en el año 2020 se dio cuenta que en realidad “había hecho un relato de las vicisitudes del campo colombiano desde el 9 de abril de 1948 hasta finales de los ochenta” (p. 9). El relato se desarrolla a partir de la historia de la familia González, especialmente de Ignacio y Juan Esteban González, junto con sus respectivas esposas, Beatriz Ramírez y Ana Lucía,¹² y a medida que avanzan los hechos aparece Joaquín Palacio; son ellos los personajes principales porque son quienes deciden dejar la ciudad e irse a vivir a

¹² Nunca se menciona su apellido, tampoco aparece en el árbol genealógico de la familia que se encuentra incluido en el libro.

Monticello, una inmensa hacienda que compraron sus padres para que aquellos hijos pudieran “abrir la finca”¹³ y trabajar en ella.

Precisamente, uno de los elementos más destacables de *Terrateniente* (2020) es la forma detallada en que allí se presenta la vida cotidiana y los hechos particulares del campo; desde el principio, cuando se hace la descripción de la ubicación de las tierras que les han ofrecido a los señores González se puede notar la aspereza que solo algunas zonas del campo o la selva pueden llegar a presentar. Se explica con detalle que el lugar estaba prácticamente incomunicado, debido a que se encontraba muy lejos de las ciudades o pueblos grandes y carecía de carreteras, además, la población era mínima y los cultivos pocos, en otras palabras, un sitio abandonado por el Estado y olvidado por la sociedad, como tantos otros lugares del campo aún en la actualidad.

Aquella narración profunda sobre el campo se enriquece mucho más cuando los hermanos González empiezan a cultivar, puesto que al inicio se dedicaban únicamente a la ganadería, lo primero que se atreven a sembrar es maíz, durante el proceso empieza a hacerse evidente el gran esfuerzo y dedicación que hay detrás de un pequeño brote y, a su vez, el sentimiento de satisfacción y alegría que este puede generar; cinco días después de la siembra las primeras plántulas habían aparecido y la emoción invadía a los González:

Caminaron por entre los surcos: encucillados examinaron las briznas, palparon la tierra tomando puñados entre la mano y dejándola caer por entre los dedos entreabiertos.

—Hombre, ¡qué belleza!

Por primera vez sentían ese placer íntimo de todos los sentidos a la vez, mezcla compleja de ansiedad, esperanza, temor, entusiasmo, satisfacción, tan difícil

¹³ Expresión usada por la escritora, al parecer muy popular en la Antioquia de su época, y que hace referencia a trabajar un terreno por primera vez, tumbar el monte y preparar la tierra para el cultivo.

de expresar, que se produce al ver día a día crecer un sembrado del cual dependen muchas ilusiones y demasiado dinero. Dos veces al día, cada día, iban juntos o separados a ver los progresos:

[...] [Joaquín] Ahora experimentaba en sí mismo esa identidad: ese sentir sed cuando no llueve y los pies húmedos cuando no escampa; y fresco el ánimo cuando ventea y en creciente la sangre pujante. ¿Sangre? Savia. (Vélez, 2022, p. 300)

Esta cita es el ejemplo perfecto de lo mucho que llega a significar un cultivo, de las grandes emociones que puede generar y de la conexión que siente aquel que siembra con sus plantas, algo que, quienes habitamos el campo conocemos bien: un lazo tan fuerte que se vuelve íntimo. Por eso resulta una hazaña maravillosa por parte de la autora lograr poner en palabras ese sentimiento tan profundo y vital, además, es una muestra de lo cercana y conocedora que era del campo. Precisamente, esta primera siembra también sirve para exponer lo difícil que puede llegar a ser la producción de una cosecha porque, justamente, la mayor parte de las treinta hectáreas de maíz de los González se pudrió debido al invierno,¹⁴ sin embargo, estaban tan entusiasmados con la siembra que volvieron a plantar maíz, luego algodón y también arroz, hecho que resulta interesante, ya que realmente ellos no tenían la necesidad de persistir con los cultivos, pues les iba muy bien con la ganadería y si hubieran optado por incrementar el número de reses les hubiera ido tan bien como con la exportación de lo que producían con la agricultura. Entonces, la razón de continuar cultivando la tierra fue que conectaron con ella, y con las labores propias del campo. Desarrollaron una pasión.

Y si de pasión por la tierra se trata, Bernardo Palacio es el personaje por excelencia para ejemplificar tal emoción, pero antes es preciso recordar que en la novela, como su

¹⁴ Frente a ese hecho, los González se muestran muy afectados, se nota la desilusión que sienten ante el fracaso de su primer cultivo, algo que la autora logra retratar muy bien, mostrando la profunda tristeza y desolación que deja la pérdida de un cultivo. Esto lleva a reflexionar sobre cómo puede ser aquella situación para un campesino, pues si es compleja para un terrateniente, que no depende económicamente de la cosecha, para un habitante del campo, que no conoce otra forma de sustento, puede representar un momento determinante de su vida, quizá el quebranto de la esperanza e incluso, la escasez durante meses.

nombre lo indica, los personajes principales son terratenientes, personas muy pudientes, por lo que si lo hubieran deseado podían dejar a un lado el campo y retornar a la ciudad, a su lugar de origen lleno de comodidades, algo que un campesino tradicional no podría hacer, pues el campo es su origen y su única forma de vida conocida. A pesar de tener la posibilidad, don Bernardo nunca abandonó sus tierras, era el dueño de Rambla, hacienda en la que principalmente se cultivaba café, y había pasado ahí la mayor parte de su vida, involucrándose por completo con el medio rural, con sus vecinos, con sus trabajadores y su familia, en parte gracias a las historias que Olivia, la maestra de la escuela, le contó sobre la región y sus tradiciones.

Cuando don Bernardo ya tenía muchos años encima, la violencia bipartidista llegó a Fredonia, y a pesar de que Rambla se encontraba a más de tres horas de la cabecera municipal, resultó directamente afectada porque varios de sus peones fueron asesinados. Todo indicaba que las cosas iban a empeorar, por lo que Joaquín le sugirió a su padre (Bernardo) que se regresara a vivir la ciudad:

—Usted tiene... años...; no cargue más yo puedo con Rambla...

—Sí: ¡pero yo no puedo sin ella! Llevo aquí más de treinta años: una vida... los cafetales los resembré todos, mata por mata; limpié, sembré, aboné; yo he trabajado aquí más que cualquier peón. ¡Míreme esa tierra! Qué color [...] (Vélez, 20202, p. 273)

Bernardo Palacio es uno mismo con su tierra, aquella respuesta no necesita explicación, de los terratenientes es el que más se aproxima la definición de campesino proporcionada al inicio.

En cuanto a aspectos más generales, también es oportuno resaltar que, así como en esta obra Rocío Vélez hace descripciones sumamente sabias de las labores del campo y todo lo relacionado con el medio rural, también logra relatar con perspicacia los lugares y paisajes

en los que transcurren los hechos; tanto así que parece una invitación al lector a conocer o explorar más sitios rodeados por la naturaleza; Monticello era tan grande que muchos de los terrenos que la conformaban eran selva plena, por lo que en algunas ocasiones los González hacían tours para cazar tigres, según María Mercedes Jaramillo (1995):

Los episodios de la caza del tigre, de la quema del monte y del trabajo en el campo recrean el esplendor del paisaje nacional y de la fauna [...]. La naturaleza tiene una enorme presencia en el texto y es digna opositora a la voluntad de los hombres. En estas descripciones Vélez de Piedrahíta demuestra vitalidad narrativa por su manejo de expresiones idiomáticas y de la adjetivación, que convierten estos fragmentos en los elementos auténticos del texto, y que le da la calidad vivencial de que carece la anécdota humana (pp. 236-237).

Con la carencia en la “anécdota humana”, la investigadora se refiere a la poca tensión que presenta la novela, tanto en el desarrollo de los acontecimientos como en el de los personajes y sus relaciones entre sí, algo que ha sido muy criticado, por ejemplo, según Helena Araújo (1993), a lo largo de la obra: “La referencia al inconsciente y los procesos de la subjetividad, quedan [...] al margen de una caracterización adscrita a tradiciones y costumbres” (p. 440). Algo que es muy notorio, porque a pesar de que la obra es bastante extensa, no se llega a profundizar suficiente en las características individuales de los personajes, ni en los cambios que presentan a lo largo de su vida, esto también se relaciona con la clara intención de la autora de generar credibilidad mediante aclaraciones constantes en el pie de página, donde hace referencia a como obtuvo la información real o, asegura tener copias de cartas y otros documentos que prueban la veracidad de lo que está narrando, algo que resulta contraproducente porque corta las emociones propias de los acontecimientos y, por momentos, se produce la sensación de estar, en palabras de Araújo (1993), ante una “crónica” (p. 441).

Otro aspecto poco favorable y, quizá, uno de los más importantes, es la perspectiva única desde la que se presenta el conflicto sobre la tenencia de la tierra; desde el principio se exalta la labor casi heroica de los terratenientes, se presenta con admiración el proceso de colonización que llevan a cabo los protagonistas y se deja completamente de lado la historia de los campesinos oriundos de la región; no hay un solo campesino que sea relevante para el desarrollo de la trama¹⁵, por lo que no hay una confrontación de perspectivas, que hubiera resultado de mucha utilidad para abrir paso a la reflexión sobre el tema y nutrir la tensión narrativa de la obra.

Además, como lo expone María Mercedes Jaramillo (1995), la autora, al hacer una investigación tan extensa antes de escribir la obra, tuvo la oportunidad de seleccionar los hechos que harían parte de esta y los que no; por lo que lo más probable es que haya elegido aquellos que eran más acordes a la perspectiva desde la que se desarrolló la novela, la de los terratenientes. Pero no es solo el hecho de relatar los acontecimientos desde un único punto de vista, sino que se presenta a los otros (los campesinos), con una connotación negativa, o, como lo afirma Helena Araújo (1993), “[...] se vive un cierto maniqueísmo, sólo que la denuncia no va en pro sino en contra de quienes se rebelan o amotinan frente a un sistema jerárquico y explotador” (p. 440).

Lo anterior se ve reflejado, sobre todo, en las características que poseen y las acciones que realizan los pocos personajes campesinos que aparecen en la obra, quienes por lo general son simples peones de los González con funciones secundarias o terciarias; no hay ninguno que realmente llegue a fraternizar con los miembros de la familia, en especial porque constantemente renuncian o se van sin mayor explicación. A los que no son peones, sino vecinos o conocidos muchas veces no se les da nombre, por lo general, se los relaciona con la

¹⁵ Bernardo Palacio, como se ha dicho es lo más cercano a un campesino por su arraigo con la tierra, sin embargo, no deja de ser un terrateniente que cuenta con muchos más privilegios que los campesinos tradicionales.

violencia y eventualmente a uno que otro se le reconoce su amabilidad, no más. Así que, en definitiva, los campesinos en *Terrateniente* (2020) no son personajes agradables ni sobre los que se profundice.

Llegado este punto, es preciso mencionar que, desde aquella perspectiva terrateniente, la obra presenta una importante denuncia al gobierno y a algunas instituciones del Estado que surgieron o se encontraban vigentes en el periodo de tiempo que abarca *Terrateniente* (2020); hay un enfoque específico en el Incora y todo lo relacionado con la reforma agraria que pretendía llevarse a cabo a partir de los años sesenta, a medida que se va desarrollando la historia de los González y los Palacio se van presentando también los problemas que empiezan a afectarlos a partir de la creación de dicha institución, la postura de los grandes hacendados a nivel nacional, los cambios de rumbo y las nuevas decisiones del gobierno frente al tema.¹⁶

La crítica principal se hace al mal funcionamiento del Incora, pues se supone que uno de sus objetivos era adjudicar tierras baldías o en desuso a campesinos e indígenas, eso incluía la compra de tierras que no estaban siendo trabajadas por sus dueños, hecho que afectaba directamente a los grandes propietarios. Sin embargo, al final de la obra, los González se ven en la obligación de venderle Monticello a Leoncio Abdil, uno de sus más pudientes (y odiados) vecinos, porque la hacienda estaba en la mira del Incora, aun cuando la mayor parte de la tierra se encontraba en producción y debidamente delimitada, mientras que Leoncio Abdil, a pesar de tener amplias extensiones de tierra abandonada quedó libre de ser incorado,¹⁷ debido a su poder, a las influencias y a los contactos que tenía dentro y fuera de la

¹⁶ La información que se presenta al respecto en la novela es real, se puede corroborar no solo por los documentos que adjunta la escritora en la narración o sino también por toda la investigación expuesta en el primer capítulo de este trabajo.

¹⁷ Incorares es un verbo propio de la novela, los personajes lo usan para referirse a la adquisición o apropiación de tierras por parte del Incora. “los incoraron” o “los van a incorar” son ejemplos comunes de su modo de uso.

ya mencionada institución. De este modo, la obra deja en evidencia la falta de regulación estatal y la corrupción que había al interior del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria.

Sin embargo, al tener en cuenta todo lo anterior queda de manifiesto que la denuncia sobre el mal funcionamiento de las instituciones estatales encargadas del tema de tierras en Colombia, presentada en la novela, hubiera sido más profunda si se hubiera expuesto la perspectiva de los campesinos; o mejor, la manera en que el actuar indebido de dichas instituciones los afectaba directamente, porque si la situación era difícil para los terratenientes con todo su poder, y las innumerables posibilidades que tenían fuera del campo, resultaba insufrible para los campesinos que, además, eran víctimas de la violencia y de múltiples abusos como se evidenció en el primer capítulo de esta investigación..

Lo mismo sucede con la novela de manera general: haber explorado el punto de vista de los campesinos sobre los temas que en ella se presentan o haber ahondado en su modo de vida, en su forma de ser y actuar en comunidad, hubiera logrado enriquecer la obra e incrementar la tensión entre los personajes. María Sánchez (2019), a partir de la película *O carro e o home* de 1941, hace una reflexión sobre lo común que es que un narrador externo al campo sea quien cuente las vivencias de los campesinos, lo que se torna negativo cuando a estos últimos se les quita totalmente la voz; textualmente dice: “En ningún momento escuchamos la voz de los campesinos retratados. Se reducen a cuerpos que trabajan en la tierra, que pertenecen a un espacio y a un contexto delimitados por el narrador” (p. 54), y aunque la escritora en este apartado se refiere al filme, luego eleva su crítica a la generalidad, a lo normalizado que está que el campo sea narrado desde afuera, de formas similares por directores o escritores que silencian a los campesinos, que no les dan la oportunidad de compartir sus vivencias por sí mismos. Es precisamente lo que sucede en *Terrateniente* (2020), los campesinos no tienen voz, por supuesto, el título refleja en qué personajes se centra la obra, pero al tratarse el problema de la tierra, el papel de los campesinos resulta

determinante, más cuando la autora se basó en la realidad del país para la creación de la novela, dejar de lado la perspectiva de sus personajes campesinos disminuye la capacidad de la obra para potenciar la discusión sobre el tema.

2.3 Habitar el campo con la valentía y bondad de una mujer

Las mujeres que habitan el campo en *Terrateniente* (2020) son una muestra fehaciente de fortaleza y osadía femenina, especialmente Ana Lucía y Beatriz, quienes al ser personajes principales realizan acciones sustanciales para el desarrollo de la historia; a la vez que sus vivencias representan un acercamiento importante a lo que significa habitar el campo siendo mujer. En este caso, siendo mujeres de clase alta que han decidido mudarse al medio rural para acompañar a sus esposos en la misión de abrir la tierra.¹⁸ Con la llegada de las señoras a Monticello se presentan grandes cambios en el modo de vida de la hacienda; ellas ponen todo su empeño en mejorar las condiciones de la casa, que se encontraba en una situación precaria y con el paso de los años deciden que debe construirse una nueva, más amplia y mejor ubicada, así se hace.

Precisamente, que las señoras de González tengan la libertad de decidir, teniendo en cuenta la época en la que transcurre la historia y en la que se publica la novela, demuestra el compromiso de la escritora con la reivindicación del papel de la mujer, de su derecho a opinar, a ser escuchada y a tomar decisiones por sí misma. Mediante la escritura, Rocío Vélez logra presentar un modelo de vida familiar en el que la mujer no es considerada inferior al hombre, en el que su palabra es respetada, confirmando así la idea de Montserrat Ordóñez (1995), para quien “escribir es una batalla contra la injusticia y contra el caos, contra los silencios impuestos, contra las continuas agresiones que recibimos las mujeres [...] (p. 321).

¹⁸ Esta aclaración es necesaria porque, como ya se mencionó dentro de los aspectos generales, la novela no se acerca a los campesinos tradicionales, lo que incluye a las mujeres. Así que la experiencia de las protagonistas está narrada desde una perspectiva elitista; las señoras de la casa cuentan con numerosos privilegios y se les facilitan varias tareas, en comparación con las campesinas tradicionales, quienes laboran tanto dentro como fuera de casa rodeadas de muchas más dificultades.

Por fortuna, la toma de decisiones no es el único hecho en el que las protagonistas se destacan; otro momento que deja en evidencia la libertad e importancia de las mujeres en la obra es cuando, cerca del final, Ana Lucía discute con el inspector Fonnegra¹⁹ sobre temas sociopolíticos, especialmente, sobre las injusticias que afectan a los pobres, según él, por culpa de los ricos; Ana Lucía muestra su desacuerdo, se explaya, tiene un monólogo que independientemente de cuáles son sus ideales, es impresionante y le permite demostrar su gran capacidad argumentativa, su elocuencia, la fortaleza de su carácter y, por supuesto, su inteligencia.

Isolina Ballesteros (1995), exponiendo sobre lo normalizado que estaba encasillar a los personajes femeninos en los “dos únicos papeles posibles: el de ángel/virgen o el de monstruo” (p. 367), menciona que en la novela posmodernista aquel proceso puede cambiar cuando “la protagonista -en una obra de autor masculino- es dueña de su propia voz, de su discurso, la subversión de la convención patriarcal comienza con la articulación de la voz femenina en primera persona” (p. 367). Yo creo que el acto de dar voz o protagonismo a una mujer no es subversivo únicamente en la escritura masculina, pues al tener en cuenta el contexto machista que rodeaba a muchas escritoras o las dificultades a las que se enfrentaron y enfrentan al escribir siendo mujeres, el hecho de construir personajes femeninos protagonistas, fuertes, diferentes²⁰ y con voz propia es también un acto subversivo. Precisamente, como ya se ha mencionado, Rocío Vélez vivió rodeada de una sociedad con un pensamiento cerrado, por lo que debió encontrar la forma de escribir siendo crítica a la vez que mesurada para no llegar al rechazo y por ende a la censura.

¹⁹ Funcionario enviado por el Incora para evaluar la situación de Monticello, del informe que él presentara ante el instituto dependía plenamente el futuro de la hacienda, precisamente por las diferencias que surgieron en su visita, la familia González decidió vender su tierra, antes de ser incorporados.

²⁰ Diferentes en el sentido de estar fuera de la norma, del paradigma, del ideal de mujer perfecta, es decir, sumisa, callada, obediente.

Sin embargo, el contexto familiar de la escritora fue totalmente diferente; ella contó con unos padres que siempre consideraron a las mujeres capaces de lograr lo que se proponían, padres que le permitían opinar y la dejaban ser ella misma;²¹ Carmen Piedrahíta, hija de Rocío, menciona que en su entorno familiar y por supuesto, en el actuar de su madre estaba completamente naturalizado que las mujeres fueran independientes y se las considerara capaces de todo,²² a pesar de que en el contexto nacional de aquella época seguía prevaleciendo la imagen de mujer como inferior. Incluso, afirma que su padre, Ramiro Piedrahíta, apoyó incondicionalmente a Rocío, especialmente en su labor como escritora; escuchaba sus ideas y siempre fue el primer lector/corrector de sus textos. Estos hechos dejan claro que en el entorno familiar de la escritora “a la mujer la dejaron volar” (Piedrahíta, C, comunicación personal, 20 de octubre de 2023).

Lo anteriormente expuesto permite comprender mejor por qué Rocío Vélez construyó personajes femeninos fuertes e independientes; sus experiencias personales como una mujer que contó con la libertad de tomar decisiones propias respecto a su vida la motivaron a expresar sus ideales mediante la escritura y así, invitar a los lectores a reflexionar sobre el papel de la mujer en la sociedad, porque:

Leer y, por la misma razón, escribir como una mujer es desempeñar un papel. Es hacer un compromiso, es una construcción ideológica que cuestiona el falocentrismo. Es crear un sistema textual más amplio que subvierte los conceptos y estructuras del discurso masculino tradicional. Escribir como una mujer se interpreta en el hombre como un cuestionamiento del propio discurso masculino, en un intento

²¹ Este tipo de cosas se las contaba la misma Rocío a Claudia Ivonne Giraldo, quién las compartió conmigo en una entrevista realizada el 21 de septiembre de 2023.

²² Esta tradición, de acuerdo con Carmen, venía desde los abuelos maternos de Rocío, quienes tuvieron 9 hijas, en otras palabras, conformaron una familia de mujeres, mujeres que nunca fueron menospreciadas, sino motivadas a definir su destino por sí mismas. Al contar con esa experiencia familiar, Lía Restrepo, madre de Rocío, se encargó de reproducir aquellas innovadoras actitudes y formas de pensar en su propia familia, así, sus hijas y después sus nietas crecieron siendo mujeres libres.

de crear ese nuevo espacio codificado como femenino, de mujer. (Ballesteros, 1995, p. 365)

Las mujeres en *Terrateniente* (2020), al tener la posibilidad de ser autónomas también muestran su bondad y solidaridad, característica que en la obra solo reflejan en gran medida los personajes femeninos, el ejemplo más claro de ello es cuando tras llegar a Monticello Ana Lucía y Beatriz tienen la iniciativa de establecer en la vereda una escuela para brindar educación a los niños de la zona, el proyecto no se lleva a cabo por las grandes dificultades que implica al encontrarse habitando un lugar demasiado aislado y por las advertencias desmotivadoras de los hombres. Ellos comentan que cuando se abrió Rambla las señoras de la casa tuvieron la misma idea y lograron llevarla a cabo con el apoyo de la Iglesia, sin embargo, los resultados no fueron los esperados.

Además, al finalizar el primer año de las jóvenes en la finca, deciden viajar a Medellín y regresar con toda clase de regalos para las esposas de los trabajadores y sus hijos, acto que reafirma sus buenas intenciones y la sinceridad de las mismas, tal vez la autora resalta estas cualidades porque las conoció de cerca con las mujeres de su familia, según Carmen Piedrahíta (comunicación personal, 20 de octubre de 2023) en la realidad fue su abuela, Lía Restrepo, quien abrió una escuela cerca de la finca familiar para que los niños pudieran estudiar.

Cada obra, cada palabra, el significado del campo para Rocío, sus vivencias en la ruralidad, las de su familia y la forma en que logró reflejarlas a través de literatura, especialmente en *Terrateniente* (2020), son una muestra admirable de poner la vida en texto, de nutrir la escritura mediante las vivencias y dar visibilidad a los temas cotidianos por los cuales se siente interés. Según Enrique del Acebo, el arraigo “hace que el hombre tienda a fijarse localmente en un espacio que lo conforma en su uniformidad. Conformación que continúa vigente aún en los momentos en que el sujeto no está físicamente en él” (1996,

p.17), arraigada al campo estaba Rocío Vélez de Piedrahíta, no solo lo demuestra su obra, sino el final de su vida; decidió pasar su vejez en la finca, cada día visitaba los potreros y dejaba que las vacas la rodearan, se ponía sus botas y caminaba por la huerta. Se entregó por completo al entorno que la hacía feliz.

Figura 1²³

Rocío Vélez de Piedrahíta en el campo.



Nota. Fotografía original de Evaristo Piedrahíta, recuperada para este trabajo el 19 de febrero de 2023.

²³ En la fotografía se puede ver a una Rocío feliz, rodeada del campo que tanto a m ó. De acuerdo con su hijo, Evaristo Piedrahíta, autor de la imagen, la escritora en ese momento tenía alrededor de 85 años.

CAPÍTULO III

RELATOS DE LA VIDA QUE ME ACOMPAÑA

“Tengo un gran archivo en los recuerdos de mi niñez; de oír hablar a la gente. Es la memoria poética y a ella me atengo”.

(García Lorca, 1985, p. 64)

La producción literaria que se encuentra en este capítulo es, principalmente, una respuesta a la falta de literatura rural que existe en Colombia; contiene dos relatos que se centran en la vida y las tradiciones del campo, logrando así un diálogo con el resto de esta investigación, en especial con el segundo capítulo, puesto que se hace uso de la creación para narrar el campo desde una perspectiva diferente a la que se presenta en *Terrateniente* (2020).

El primer relato cuenta la vida de María y Luis, dos campesinos cuyas vidas están totalmente circundadas por el campo y emerge de las historias que se han contado en mi familia a través del tiempo, es decir, está completamente basado en la realidad. El segundo es una autobiografía que explora principalmente mi vida en el medio rural y la forma en que el contacto constante con las tradiciones del campo ha moldeado mi forma de percibir el mundo.

3.1 Infancia la raíz, cosecha el amor

A los nueve años María iba por primera vez en busca de callambas para hacerle sopa a su papá, -el que, como ella misma dice, nunca le dio ni para un par de zapatos-, a la misma edad Luis dejaba la escuela para empezar a cultivar caña con sus hermanos y su padre, él ya no quiso comprarles los cuadernos.

Desde que María entró a la escuela la mandaban a ayudar en lo que pudiera (o no); en las mañanas iba con la prima Ana Rosa a llevar agua de la chorrera, no podían irse a clase sin

haber llenado el cántaro de la casa, a veces se les hacía tarde y les daba pena entrar al salón así que se escondían entre los matorrales hasta que iba Ester, la madre de María, a pegarles con un varejón porque la profesora la había mandado a llamar, pero claro, después del castigo de la mamá-tía llegaba el de la encargada: un jalón de orejas o un azotón contra la pared y si lloraban, se repetía. A las cuatro que se terminaba la jornada pasaban derecho para el potrero a apartar la única vaca que los abuelos tenían y en la noche les ayudaban a sus tíos a lavar café porque si no lo hacían se arriesgaban a recibir el último castigo del día, por fin, antes de caer rendidas quedaba tiempo para hacer las tareas, a la luz de su lamparita de petróleo.

Cuando don Arizaldo, el papá de Luis, empezó a construir una casa nueva, él y sus hermanos se levantaban a las dos de la madrugada para angarillar las bestias e ir hasta Palo Grande por el ladrillo y la arena; más de seis horas de camino por cada ida y vuelta, con el fiambre a la espalda, los pies adoloridos, los caballos rendidos y el estómago revuelto de ver la altura de los cerros que atravesaban. La recompensa de días tan duros era la comida tibia y deliciosa con la que mamá Juana aguardaba en su hogar; ella, tan noble, con el corazón inmenso, el amor maternal inagotable, siempre complaciente, opuesta a su esposo, aquel hombre firme, de carácter fuerte y terquedad absoluta que se encargaba de sostener a los siete hijos pero también de tomar todas las decisiones sin escuchar consejo u opinión.

Desde niña María sintió la necesidad de trabajar para comprarse sus cosas porque si su papá que tenía la posibilidad no le daba nada, era mucho más difícil para Ester, que era madre soltera de ambos hijos, todo lo que podía hacer era esforzarse para brindarles alimento y pagarles la escuela hasta segundo de primaria, que pudieran aprender a leer y escribir, a diferencia de ella. Cuando tuvo que dejar la escuela, a los nueve, lo primero que María hizo fue irse a cosechar café donde los vecinos y reunir los diez centavos que le pagaban por cada jornal para comprar cuyes; así pasó años, criando cuyes para vender, una vez se animó y les hizo una pieza aparte porque ya eran muchos, ella puso la esterilla y Pastor, su hermano, le

ayudó a rellenar las paredes de barro. Al cumplir quince ya había ahorrado lo suficiente para comprar cerdos, le gustaba verlos correr y revolcarse en el barro alrededor de la casa, andaban sueltos, con tres trancas alrededor del pescuezo para que no se fueran lejos, también le agradaban los viajes que hacía con Pastor para ir hasta La Sierra a comprarlos, cerditos de un mes a doscientos pesos que cuando crecían vendía a tres mil, reunió hasta que pudo decirle a don Arquimedes Martínez: “le compro un pedazo de tierra”.

Siempre había querido un terreno propio porque sentía que era asegurar su futuro, tener donde trabajar y cambiar su historia, recordaba lo mucho que les había costado a sus abuelos, recién llegados del Ecuador, conseguir el terreno en el que hicieron su primer ranchito de paja y que poco a poco convirtieron en el hogar que los seguía albergando a todos, pensaba en su mamá que vivía obedeciendo a sus hermanos porque les temía pero no tenía otro lugar a donde ir, por todo eso y por lo mucho que le apasionaba, compró la tierra y después una yegua con la que se iba a cargar leña, a conseguir la remesa los sábados, y el surtido los miércoles, cuando su mamá abrió en la casa una tienda, no le temía al trabajo arduo porque sabía casi desde siempre que en el campo solo quien se esfuerza cada día consigue lo necesario para vivir con la tranquilidad de tener un techo y pan en la mesa.

Ester y María se unieron mucho más cuando Pastor se fue a vivir a dos horas de camino, en las propiedades de su esposa, porque, aunque las visitaba cada fin de semana ellas no dejaban de extrañar la presencia de un hombre cortés, vivir con los hermanos mayores de Ester no era sencillo, las hacían sentir excluidas e intimidadas; una tarde Sinforoso estaba haciendo una letrina nueva y una sugerencia bastó para enfurecerlo.

— Vaya a decirle a su tío que no haga ese hoyo ahí porque el otro todavía sirve —ordenó Ester.

Cuando María giró después de comunicarle lo que había dicho su mamá sintió un dolor que le atravesaba la espalda. —¡Metida! —le gritó él mientras le pegaba con el mango del azadón.

En ese momento toda la ira que había acumulado por las innumerables veces que aquel hombre la había humillado se desbordó, lo empujó con tanta fuerza que él cayó al mismo hueco que estaba haciendo y aunque eso generó mayor tensión a largo plazo también sirvió para que María se diera cuenta que era capaz de enfrentar incluso a aquello a lo que le temía y encontrara su lugar en aquella casa que sin planearlo un día se convirtió en propia.

Cada vez se sentía más libre y dueña de sí, empezó a salir con vecinas o amigas, iban a los festivales que se celebraban en diferentes veredas, en su pueblo, Rosas, e incluso en otros como La Sierra, fue allí donde conoció a Luis; había ido con su amiga Clelia a la primera comunión del hijo, Luis estaba en la misa porque iba todos los domingos, se acercaron, conversaron, fueron por un café cuando terminó la ceremonia y ese mismo día él se ofreció a acompañarla hasta su casa, hasta El Altillo, una vereda en el pico de una montaña. Lo hizo sin quejarse, porque lo movía la ilusión, la alegría y porque la subida hasta su casa en Buenos Aires era el doble de pendiente, no solo estaba acostumbrado a caminar sino a trabajar tanto como ella. Han pasado cincuenta años y ese amor por la tierra se mantiene intacto.

Para ese momento Luis ya tenía un terreno propio, se lo había dado su papá a los dieciocho años, porque él y sus hermanos sintieron que era el momento de tener autonomía, desde niños habían aprendido a criar cerdos y gallinas, a cultivar maíz, plátano, café, arveja y sobre todo, caña; días enteros de siembra, semanas de recolección, subían las cañas al hombro desde el asiento del terreno hasta la ramada, la prueba final era la molienda, se levantaban a la media noche y se dividían las tareas, uno hornillaba, soportando más de doce horas de calor continuo, otro se encargaba de poner al único caballo a moler la caña en el trapiche, alguien más apilaba el bagazo y el último engaveraba²⁴ la panela para después llevarla a vender al pueblo, esa labor podía tardar hasta diecisiete horas, pero era el sustento principal de aquella

²⁴ Engaverar no aparece en el diccionario de la lengua española. En el dialecto de los personajes que pertenecen a esta historia hace referencia a poner la panela en los moldes o “gaveras” que pueden tener forma redonda o rectangular.

gran familia y ellos se sentían orgullosos de poder cumplirla. Con el tiempo la panela dejó de ser rentable, empezó a convertirse en pérdida y en preocupación para todos excepto para don Arizaldo, que se negaba a aceptar la realidad y a abandonar el cultivo que conocía de toda la vida, fue entonces cuando sus hijos le dijeron que seguirían trabajando para sostener la familia con la condición de que les permitiera cultivar café, no solo por ser mejor opción sino porque les apasionaba, él se vio obligado a acceder y de una vez hizo la repartición de terrenos, para que cada uno pudiera “defenderse” por sí mismo.

Luis continuó visitando a María, sentía admiración por aquella mujer que sabía hacer todo sola: desyerbar, ordeñar, sembrar, cosechar, cabalgar, cortar leña, apartar, cargar el caballo y tanto más, se notaba que le gustaba trabajar con la misma devoción que a él. Compartían propósitos, veían la vida con ojos entusiastas y se apasionaban por el campo de una forma única, ambos habían nacido en casa, en medio de la tierra, todo lo que veían desde la mañana hasta la noche era la naturaleza pura, el cielo infinito, su alimento había sido siempre el fruto de lo cultivado por sus padres y abuelos. Esperaban lo mismo para su futuro, cultivar para vivir, vivir cultivando.

Sin planearlo mucho Luis se fue a vivir al Altillo con María, habitaban la casa de Ester y sus hermanos, Sinforoso y Manuel, que a pesar de ser bastante grande tenía solo dos dormitorios, como pudieron se acomodaron, al poco tiempo Luis le vendió el lote de Buenos Aires a su hermano Silvio para poderle comprar a don Arquimedes el terreno que colindaba con el de María, los unieron y empezaron a limpiarlos con la decisión firme de sembrar café.

Luis conocía la técnica para producir un buen café porque él solo administraba los tres mil quinientos árboles que tenía con Silvio en Buenos Aires antes de vender, Silvio había aprendido construcción y le daba el capital mientras Luis ponía el trabajo. Con María sembraron en un principio dos mil árboles de variedad Arábica Caturra, aprovechaban el día de seis de la mañana a seis de la tarde; hicieron el germinador, llenaron las bolsas y a los seis

meses trasplantaron los árboles, en esos seis meses María sacó otra venta de cerdos y pudo comprar un lote pequeño en La Violeta, allá también sembraron café, lo abonaban cada tres meses sin falta aunque el dinero sí empezaba a faltar, para sostenerse mientras el café granaba María empezó a cultivar la huerta al lado de la casa, sembró maíz, plátano y frijol aunque eso no le agradó ni a Manuel ni a Sinfonso.

— No los escuche mija, que ellos prefieren ver la tierra llena de monte y comer aguasal antes que dejarla trabajar —le dijo Ester.

Ella asintió, recobró su fuerza y siguió trabajando sin descanso; dos años más tarde el café dio su primera cosecha, contrataron los trabajadores que pudieron y ellos, María y Luis, duplicaron su esfuerzo para que la labor rindiera, la juventud y el amor por lo que hacían les daba cada día el aliento suficiente para levantarse a las cuatro de la mañana a lavar el café que habían estado pilando hasta la media noche anterior, batallando con una despulpadora pequeña que María había comprado tiempo atrás previendo la prosperidad del sembrado, cada tarde pilaban mínimo ocho arrobas, de taza en taza para que la máquina no “sacara la mano”, en las noches, a pesar del cansancio hablaban con ánimo de los planes a futuro, de los próximos cultivos y de los cuidados que necesitaba ese café cuando pasara la cosecha para que la del siguiente año fuera más abundante.

Por más trabajo que hubiera, Luis nunca dejó de visitar a sus papás, iba cada domingo sin falta, en especial por su madre, la mujer más amada de su vida, aquella que no hacía más que demostrarle amor, que tenía unas manos privilegiadas para hacer los más deliciosos postres, panes y meriendas, aquella que era conocida en toda la vereda por su bondad; en las fechas especiales pelaba hasta diez gallinas, hacía dulce de leche, envueltos de choclo, pan de maíz, de harina, de yuca, de achira y merengones, para darle a quienes fueran a visitar, para los vecinos que invitaba y para su familia, aunque en la familia el banquete se daba más a menudo.

Estando en una de esas reuniones Luis llevó a presentar a María ante su familia, antes de vivir juntos, por supuesto, apenas la vieron don Arizaldo y Doña Julia sonrieron, les agradaba su nuera, les agradaba desde hacía años, desde antes de saber siquiera su nombre.

3.1.1 Entre montañas el destino

Por un estrecho y verde camino pasaba una pareja de campesinos con su caballo cargado de panela, iban a venderla a Rosas para devolverse con el caballo cargado de víveres, se maravillaban del ya conocido paisaje y llenaban sus pulmones del dulce aroma de los árboles en flor cuando vieron a una joven de rosadas mejillas subiendo un bulto en la yegua alazana que la acompañaba. Se saludaron -como es natural entre la gente del campo, saludar incluso a los desconocidos-, luego ella se dio la vuelta, levantó su brazo derecho para acomodar la trenza que recogía su larga cabellera y así se desvaneció entre el follaje de una inmensa montaña. Etérea.

— Que muchacha tan berraca, ojalá a alguien así se encontrara alguno de nuestros hijos — comentó el hombre.

Apenas Omaira, la hermana de Luis vio a María supo que era la muchacha de la que hacía tiempo sus papás le habían hablado, sonrió para sí, sin mencionar nada, se alegraba por él, siempre había sido un hermano maravilloso, cuando además de su propio cultivo manejaba el de su papá les regalaba a ella y a Luz Mila más de dos arrobas de café en bola cada cosecha, para que pudieran llevarlo a vender y tener dinero propio, como don Arizaldo no las dejaba trabajar ellas tenían menos independencia, era su hermano quien las apoyaba como podía. Cuando ya no vivía ahí y visitaba los domingos, dedicaba el día a rajar o conseguir leña suficiente para toda la semana, curaba las vacas que tenían y hacía hasta treinta viajes de la huerta a la casa para llevar tantos racimos de pimea como pudiera, con eso alimentaba doña Juana a las gallinas porque hacía tiempo que el maíz escaseaba, había sido uno de los cultivos

más importantes para don Arizaldo, pasaban hasta dos semanas desgranando, pero él ya no estaba bien, cada vez dormía menos lo que lo llevó a hablar poco y a adelgazar mucho, parecía fuera de sí, ido, distante, por momentos colérico. Las visitas al médico parecían no funcionar porque él empeoraba.

En aquel tiempo don Arquimedes estaba ofreciendo otro pedazo de tierra, así que María le vendió a Pastor el terreno que tenía en La Violeta para poder comprar el colindante, cerca de la casa. Meses después don Arquimedes ofreció nuevamente “una tierrita”, y aunque ambos querían comprar, con el papá de Luis enfermo y una compra reciente la situación no era sencilla. La solución se le ocurrió a María, sabía que el señor Martínez tenía una deuda en la Caja Agraria así que le propuso ponerla a nombre de ella, pagarle el crédito a cambio del potrero, él aceptó y el gerente del banco también, a la vez que lo difirió a un mayor número de cuotas para la tranquilidad de todos.

3.1.2 Lágrimas de soledad

Quizá Don Arquimedes vendía la tierra con tanta facilidad porque no le había costado nada tenerla. Cuando se casó con Amelia Erazo le solicitó al señor Gonzalo Mosquera (un hacendado que nadie conocía bien porque solo iba a rodear las tierras), catorce hectáreas en arriendo, con la idea de subarrendar, al año de firmar el contrato llegó la noticia de que don Gonzalo había muerto en Popayán y sus herederos nunca aparecieron. La tierra quedó a nombre de don Arquimedes por posesión, quién empezó a venderla periódicamente; cada vez que necesitaba dinero ofertaba un lote, manteniendo así a su familia sin necesidad de trabajar y aunque su esposa nunca estuvo de acuerdo porque esa forma de llevar la vida en realidad los empobrecía, él no escuchó consejo hasta que fue tarde.

Tal vez no pensó lo suficiente en la existencia de los límites, en que el amor es una construcción de cada día o en que el hambre de los hijos afecta también el corazón de la madre. No imaginó que a sus setenta años su esposa le pediría que se fuera de la casa:

— ¡Váyase ya! yo no voy a permitir que venda el único pedazo de tierra que nos queda, donde está nuestra casa. Después de todas las penurias que hemos atravesado por su culpa no quiero verlo más. Hágalo por el bien de sus propios hijos; nos dejará sin nada. Es mejor que no vuelva —Profirió, ya sin lágrimas.

Meses después murió en el pueblo, lo mató la podredumbre de su pie. O la indiferencia de su hijo cuyo único intento de curación fue llenarle la herida de veneno para garrapatas y después lo dejó solo viendo como unos gusanos caían al piso mientras otros se metían en lo más profundo de su carne, huyendo de la muerte. O fue la tristeza; el dolor de la soledad le royó el alma mucho antes de que las larvas acabaran con su cuerpo.

Rápidamente los nuevos terrenos se llenaron de café, el trabajo se duplicó porque con mil árboles nuevos se producían diez bultos diarios, hasta trescientas arrobas por cosecha, el agua del cántaro ya no era suficiente, había que llevar el café hasta la chorrera y lavarlo allá antes de que el sol saliera para así poder ir a cosechar desde temprano. Los trabajadores eran vecinos y conocidos, hombres y mujeres que entre historias lograban que el día volara, además había tanto café -gracias a Dios y al milagroso de Buga, pensaba Luis- que en un solo surco se llenaba la estopa y con dos árboles el coco²⁵. En cada cosecha era Ester quién se encargaba de preparar la comida para todos, de ir a dejarla al cafetal y de estar pendiente del café que se ponía a secar, de entrarlo cuando llovía y sacarlo cuando el sol volvía. Su ayuda, cariño y apoyo fue indispensable para María y Luis, sus palabras les dieron muchas veces el aliento que necesitaban para continuar.

²⁵ Así se llama al balde usado para recolectar el café.

3.1.3 La esperanza va más allá de la muerte

Pequeñita, se revolcaba en el barro -revolcar de ensuciarse no de tirarse, así usaría la palabra al crecer-, corría entre las gallinas, hacía pasteles de tierra y acompañaba a su mamá a dejarle almuerzo a su papá hasta Santa Rosa, una vereda por allá abajo, en lo caliente; lo acompañaban a comer a la vera del río donde a ella se le ponían coloradas las mejillas, más de lo que ya las tenía, porque ellos, los Erazo, eran así, rosados, cachetones, de ojos verdes y párpados caídos, Mamá Rosa la llevaba en la espalda, amarrada con una sábana (como ella llevaría algún día a su hija María que por inquieta con frecuencia se le caería). Dejó de llevarla cuando nació su hermano Alberto, porque siempre la acompañaba el hijo menor, así que María se quedaba ayudando a sus hermanas mayores a cocinar y a lavar la ropa de papá, de Sinforoso y de Manuel, cuando los años pasaron y los demás se fueron ella se hizo cargo de Mamá Rosa cuando perdió la vista, de la casa, de los hermanos que se quedaron, de los hijos cuando nacieron. De todo, menos de sí misma.

El día que murió, por más desgarrador que era el dolor, pensaba en la poca libertad de su vida, en la costumbre que adquirió de vivir para alguien más, se lamentaba de no haber conocido más allá del pueblo, se arrepentía de no haber sido tan valiente como a veces soñaba, de no ir en busca de su felicidad. Entonces vio a María, sentada a su lado, aturdida con el ruido de la ambulancia, agarrándole las manos, respirando profundo, manteniendo su vitalidad característica; se dio cuenta que sus anhelos y esperanzas siempre vivirían en ella, en su hija, ella sí había logrado escuchar su corazón y seguirlo, recordó todo lo que vivieron juntas, había cumplido. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras el último latido sacudía su enfermo corazón.

Hace más de treinta años que murió Ester y María todavía siente profundamente su ausencia, aunque no lo dice sabe que no habría podido sobrellevar tanto dolor sin la presencia de Derly, su ahijada, quién para el momento en que Ester enfermó llevaba dos años viviendo con ellos,

contagiándolos de su alegría doceañera. Desde pequeña visitaba a María cada día, porque ella era amorosa y alcahueta, se entendían tan bien que a veces se quedaba durante días y lloraba si su abuela Amelia o su abuelo Arquimedes la iban a recoger, con el tiempo eso cambió, ya no iban por ella porque comprendieron que su hogar era al lado de María.

Don Arizaldo también había muerto, el desespero de no poder conciliar el sueño lo llevó a medicarse con unas pastillas que le recomendó un conocido, que conseguía de manera ilegal y que, en palabras de sus hijos, “lo dopaban”. De repente se encontraba perdido, sin reconocer el camino a casa, llegaba al pueblo y no sabía a qué había ido, volvía sin dinero, sin mercado y sin recordar el nombre quién le había quitado “la platica”, el dolor de cabeza era cada vez más insoportable y su delgadez empeoraba; un médico sentenció que el daño cerebral era irreversible así que la familia se unió a esperar el final, tratando de convencerse de que era lo mejor para apaciguar el sufrimiento del padre y esposo que tanto amaban.

Luis se refugió en su cafetal, en el amor de su madre y en el apoyo de María, dedicaba más tiempo al trabajo porque ella ya no podía ayudarlo, debía hacerse cargo de la cocina, de toda la casa y de la huerta, ahí seguía sembrando verduras, estaba pendiente de los colinos y hacía semilleros de árboles frutales, que luego plantaba en cada espacio de tierra que encontraba vacío. En el tiempo de fumigación, Luis le pedía la bomba a un vecino, porque tener una propia era costoso, pero un día el señor le dijo “mejor se la vendo”, por lo que comprendió que hasta ahí llegaba el préstamo, entonces se las ingenió haciendo una escobita con cincho de plátano, ponía el veneno en un balde, untaba la escoba y con ella cada hoja de cada árbol de cada surco de su glorioso cafetal. No importaba cuanto tiempo se tardara en esa labor, él no iba a dejar el café sin fumigar porque siempre supo que “hay que trabajar con técnica, para que los cultivos echen pa’delante”.

Con el tiempo se echaron al hombro un nuevo crédito para la compra de un potrero y con el restante les alcanzó para una bomba de fumigar y una máquina despulpadora de triple chorro,

las cosas iban cada vez mejor, excepto por Manuel, quién desde que Sinforoso murió estaba empeinado en atacar a María, no quería verla, ni que trabajara, ni que estuviera en la casa; lo que más lo enfurecía era que ella tuviera el carácter para enfrentarlo, para no dejarse humillar. Una tarde María y Derly veían televisión en compañía de dos vecinas, Miriam y Praxedes, cuando de la nada entró Manuel gritando a la habitación y le pegó a su sobrina en la cabeza, haciéndola golpear contra la pared.

— Hambrienta andate, te quedaste con todo lo de Sinforoso — iba diciendo mientras corría hacia la sala a llevar un machete para darle planazos. — ¡Vos no sos nada aquí! — Vociferaba.

Ella ágilmente cogió una peinilla que había en la esquina de la habitación y se preparó para pelear, Derly asustada rompió en llanto y fue tras de ella, Praxedes logró separarlos y quitarles las armas. Pero María sentía que no debía dejar así las cosas porque cuando estuviera sola su tío podría ser más violento, porque no se iba a dejar sacar de su hogar, porque no iba a abandonar la herencia de su madre. Impulsada por la ira, el dolor y el miedo le partió en la espalda un varejón, debió haberle pegado varias veces, pero el recuerdo está nublado por las emociones que todavía hoy buscan una respuesta al porqué del egoísmo y la codicia.

Quince años más tarde, Manuel enfermó de cáncer, no tenía esposa ni hijos, había vendido sus tierras, nunca construyó una casa, solo le quedaban sus sobrinos, los hijos de sus hermanos y hermanas con los que había sido tan duro cuando todos vivían juntos, pero ellos tenían buena memoria y lo estimaban poco; la única que estuvo dispuesta a recibirlo en su casa cuando los médicos lo desahucieron fue María, él tenía una herida abierta en la espalda, ya no podía ponerse de pie ni comer por su cuenta; ella lo cuidó hasta su último día y lo hizo con la ternura viva que solo permite el privilegio de tener un corazón indulgente.

La compra del primer potrero fue el paso que dio inicio al cambio, o una señal, porque pocos años después cuando se preparaban para sembrarle café, el cafetal de siempre, el que habían zoqueado y resembrado durante ya veinte años se secó a causa de la gota, una enfermedad poco conocida que lo atacó sin dar tiempo a nada. No negaban, María y Luis, que despedirse del cultivo de toda su vida les dolía, entre esos árboles estaba su historia, sus miedos, alegrías, tristezas y derrotas, estaba el principio de la conversión que los había llevado a ser quienes eran, ese café había pagado cada crédito que habían necesitado y de ese café guardaban algo de dinero para comprar su primera vaca, así lo veían ellos, como el cultivo que les había tendido la mano cada vez que lo necesitaron y se las tendía por última vez para que volvieran a empezar. Y lo hicieron, con la fe más fuerte que al principio.

Para convertir el cafetal en potrero se necesitaba de trabajo arduo, pero ya no tenían dinero para contratar trabajadores, así que Luis le propuso a Carlos, Edier, Parménides, Alberto, Pablo y Hermes, primos de María, formar un grupo de trabajo para laborar juntos en el terreno de cada integrante durante una semana y al cumplir las siete semanas volver a empezar el ciclo, como quien dice, pagar trabajo con trabajo. Ellos aceptaron, sabían que todos eran buenos en el oficio por lo que juntos les rendiría más, así fue como en solo una semana estaba arada la tierra del potrero, lista para ser cultivada, el fin de semana siguiente Luis fue a Buenos Aires a sacar la semilla del pasto y en menos de seis meses estaba hecho el potrero, con la brillante hierba superando la altura de las rodillas, infinitamente verde.

La primera vaca, Mariposa, ya estaba embarazada cuando la compraron, señal de buena suerte, con ella empezó la cría que un par de años después llegó a ocho cabezas entre novillas y terneros, algunos nacidos ahí, otros, producto de un nuevo crédito. Al principio era María la encargada de ordeñar porque practicaba el oficio desde niña, pero un día saliendo del corral se tropezó, cayendo con todo su peso sobre el brazo derecho que se le partió en dos, prefirió no ir al médico por temor a las cirugías, detuvo la sangre con un emplasto de hierbas y se

hizo ensamblar el hueso de un reconocido sobador, una semana después cuando el dolor era sobrehumano. Eso significó bastante tiempo con el brazo inmóvil, por lo que Luis se propuso aprender a ordeñar, al inicio las manos se le entumecían o las vacas se le desmaneaban, después sacaba quince litros en menos de una hora y con el tiempo aprendió también a purgar, vacunar y a atender partos cuando era necesario.

María y Manuel habían entrado en un pleito legal por la escritura de la casa, cansada del hostigamiento constante de su tío ella interpuso la demanda y finalmente la ganó; era la única sin herencia y desde la muerte de su mamá se había encargado por completo del pago de los servicios públicos y del impuesto predial. Por esa misma época Derly les anunció que estaba embarazada, mientras que Luis no hizo ningún comentario al respecto, María sintió alegría como nunca antes y no hizo más que orar para que la niña, porque anhelaba que fuera una niña, estuviera bien.

Dayanna nació en Cali en octubre del 2001, en la misma semana y el mismo hospital falleció mamá Julia. La primera y única vez que Dayanna vería llorar a Luis sería a los veintiún años, mientras él le contaba lo maravillosa que había sido su madre, lo mucho que la amó y la falta que aún le hacía. La primera vez que María y Luis tuvieron a la niña entre sus brazos sabían que era lo más cercano a una nieta que tendrían en su vida, después supieron que sí, era su nieta porque su vínculo con ella, tan fuerte y puro, les demostró que el amor es capaz de unir tanto o más que la sangre.

3.2 Cultivo de recuerdos, raíces de amor, frutos de alegría

“Y si digo “Tierra”, pienso lo que piensas, lo que todos sentimos, compañía y morada donde el amor tuvo nombre, lugar que nunca rehusó asilo a miembros humanos por cansados que fueran”.

(Muñoz, 2008, p. 103).

Cuando tenía tres años, cada tarde de verano al ponerse el sol, mi abuelo y yo nos sentábamos en el orillo de madera que había fuera de la casa, en realidad yo me sentaba en su regazo y luego ambos nos cubríamos con su ruana, sacando nuestras cabezas por el único agujero aunque nos apretara el cuello, veíamos el atardecer y luego las estrellas, que brotaban una a una hasta formar brillantes cúmulos que cubrían el cielo. En ese momento no pensaba en el futuro, seguro ni sabía de qué se trataba, no sabía tampoco que con el pasar de los años aquellos momentos serían mi primer recuerdo de la felicidad y los repasaría en la tristeza con la satisfacción de haber crecido rodeada de amor. He olvidado cuáles, pero recuerdo que en esas tardes mi abuelo me contaba chistes, adivinanzas y siempre la misma historia: el hombre agotado, cruza el último potrero para volver a casa y de la nada un toro inmenso lo ataca, él corre pero salen toros de todas partes, se desespera, encuentra un espacio para huir pero lo siguen, furiosos, –seguro por esta camisa roja– piensa. Entonces ve la salvación, un árbol. Trepa como puede y cree que todo ha terminado, pero no, ahí seguían, clavando sus cuernos en el tronco y sacudiéndolo con fuerza, por turnos, como si pensarán. Hasta que vino el sueño o el milagro y uno a uno fueron cayendo, dormidos.

Las cosas cambiaron un poco cuando tumbaron nuestra casa de bahareque, sobre todo porque ya no podía comer tierra a cualquier hora, seguro para mi mamá eso fue un alivio, así ya no tenía que estar revisándome los dientes, de cualquier forma yo iba hasta donde mi abuela Ana, acompañada de Caruso mi perrote mezcla de pastor alemán y pitbull que tenía las orejas amorfas porque quienes nos lo regalaron se las habían cortado mal y entonces ya no lo quisieron. Donde mi abuela la pared todavía era de tierra, entonces comía terroncitos pequeños porque los grandes sabían feo, no importaba que me dijeran que el bahareque tenía estiércol de vaca, yo pensaba que era mentira y me daba el mismo gusto comerlo, mamá dice que ahora entiende (en ese momento no, porque era primeriza y creía que era cosa de ella)

que desde antes de nacer yo le pedía tierra, porque cuando se fue a la ciudad a pasar el embarazo por el temor al escándalo, se le hacía “agua la boca” por un terroncito, tanto que le mandó una carta a mi abuela María pidiéndole que le enviara un pedazo, pero ella la leyó cuando los mensajeros (mis padrinos que estaban de visita) ya se habían ido, y así me tocó nacer, con el ansia de probar la tierra.

No recuerdo cuando la probé, pero sí la primera vez que la tuve entre las manos, fue un día que me quedé con mi tío Ito y él estaba llenando bolsas para sembrar chapolas de café, me dejó ayudarlo, me enseñó; años después mi mamá se haría cargo de la primera cosecha de aquel sembrado porque mi tío decidió irse para el ejército, yo lo extrañaba mucho, me gustaba ir a donde mi abuela Ana por la tierra, porque ahí estaba él, porque estaba mi bisabuela Mena que fritaba papas para darme con café y porque mi abuela me dejaba maquillarme. Yo había acabado de cumplir seis cuando mataron a mi tío, él veintitrés. Entonces me quedé sin mi único y primer compañero de tardes de películas, de armar Transformers y de comer pasta por montones, mi mamá se quedó sin el niño que crió siendo también una niña, mi abuela perdió su todo y el cafetal, como parte de la historia de nuestra familia, se marchitó.

Seguramente mi tío me hubiera enseñado a cultivar café al descubrir que me gustaba el campo tanto como a él; lo hizo mi abuelo. Mi abuelo a sus setenta y cuatro años todavía se desvive por trabajar la tierra, es un amor inexplicable que yo heredé, cuando consiguieron un lote a medias en el que mis abuelos aportaban el trabajo y un vecino el terreno, conocí por primera vez, de principio a fin el proceso que atraviesa una semillita para convertirse en un fruto y luego en una bebida; en ese cafetal que todavía es nuestra alegría volví a llenar bolsitas de tierra para trasplantar chapolas y cuando crecieron mi abuelo me enseñó a sembrar los árboles, cada surco con metro ochenta de distancia y un metro cincuenta entre cada planta. Mientras nuestro cultivo crecía sentí el ansia de la cosecha; empecé a coger pepitas de

un árbol que me triplicaba el tamaño y que no nos pertenecía, pero no importaba, todos se alegraban de ver mi intento de recolección a los nueve años, movía mis dedos lo más rápido que podía, imitando a los adultos, a los hombres, porque a mi mamá y mi abuela solo las había visto ir al cafetal para dejarle el almuerzo a los peones -años después, durante la pandemia que me devolvió a casa en tiempos de universidad, tendría la fortuna de cosechar junto a mi madre y darme cuenta que es muy buena en el oficio, varias veces antes de terminar el jornal ya había llenado el bulto-, llené la bolsa y ese cafecito me lo regalaron para que yo misma lo despulpara, lo lavara y lo pusiera a secar. Uno de mis días más felices fue cuando lo llevé a vender, me dieron si acaso dos mil pesos por la libra, pero nada se comparaba con mi sentimiento de orgullo, ese dinero era el fruto de mi esfuerzo, de mi primera cosecha.

De ahí en adelante estuve en todas las cosechas que pude, al salir del colegio me iba en el transporte de los niños de Guizábalo que pasaba primero por La Violeta (es allá la tierra a medias, para llegar desde nuestra casa caminamos una hora entre los potreros), almorzaba, me ponía mi camisa de manga larga, sombrero o gorra y me iba para el cafetal, allá me hacía en el surco seguido al de mi abuelo y los dos salíamos mucho más tarde que los trabajadores, cuando ya el sol se ocultaba y no podíamos ver bien. Después de cenar cargábamos el caballo con la cosecha y empezábamos a subir para la casa. Tantas noches llegamos empapados, cansados e incluso fatigados, pero siempre contentos de culminar un día de trabajo y de estar juntos; somos una familia unida aunque la mayoría de las veces no nos demos cuenta. El día terminaba después de las diez de la noche, cuando dejábamos el café despulpado, mi abuelo nunca quiso comprar motor (desde que yo nací se dedican mayormente a la ganadería), entonces movía su brazo a toda velocidad y yo me encargaba de mantener la tolva llena, poníamos en el suelo una olla para recoger la cáscara y nos turnábamos para ir a botarla, al

terminar dejábamos lavando la despulpadora y el beneficiadero. Al día siguiente él madrugaba a ordeñar y yo a alistarme para ir al colegio, la tarde se repetía.

Lo que más me gusta de la cosecha es que uno habla mucho, recuerda cosas, se entera de otras, se ríe, vuelve a conocer la familia, a los vecinos, es redescubrirse en compañía. Y así también cuando escogemos el café, es pasar el día entero seleccionando las pepitas dañadas, sentados en el corredor, viendo pasar a los que suben o bajan y siempre saludan, atendiendo a la visita que si llega se queda a ayudar con verdadero gusto y, por supuesto, tomando tinto para que rinda más. Uno en el campo desde chiquito toma tinto, come sancocho, monta a caballo y disfruta el día de mercado porque es el único de la semana en que se va al pueblo. La que empezó a llevarme a mí fue mi abuela María, cada sábado me ponía sobre sus hombros y empezaba a bajar, porque vivimos en una montaña muy alta, una de las dos que se ve hermosa e imponente desde el pueblo, una vez -nos cuenta siempre Mari y todos nos reímos- cuando íbamos, una pareja de vecinos ya subía y en broma don Alfonso le dice “para qué anda cargando esos micos, déjela que camine” a lo que yo, con escasos dos años respondo “usted cálese el hocico”, ahora me quedo pensando en las palabras, esas y otras, me doy cuenta que son herencia, que solo los que conocemos las historias a las que pertenecen les concedemos el valor que merecen o que para nosotros dejan de ser palabras para convertirse en personas, lugares y sentimientos.

Los sábados de mercado mi abuela y yo caminábamos más de una hora hasta llegar al pueblo, si me cansaba ella me cargaba y, a decir verdad, yo siempre me cansaba, al llegar íbamos a repartir la leche que nos habían encargado, a cumplir con los tratos, como diría ella, después íbamos a la tienda donde atendía mi abuelo Luis, a pedirle un costal y la plata para el mercado. En la galería yo solía detallar las caras de las personas que pasaban mientras mi abuela preguntaba precios y echaba verduras al costal, hasta que una vez un hombrecito me pegó un puño en la espalda mientras decía ¡permiso! con mal carácter, nadie se dio cuenta.

Mejor quedarme pegada del brazo de la abu mientras terminaba las compras y me llevaba a tomar caldo de pajarilla para luego ir a reunirnos con Pastor, su hermano y juntos caminar hasta donde la tía Irma (no sin antes comerme un helado de vainilla chips), que les guardaba el almuerzo, siempre con fríjoles y no un vaso sino una tazota de café bien dulce. La tía Irma era hermana de mi bisabuela Mena y ambas hermanas de Ester, es bello saber que antes, todas ellas, sus hermanos y sus hijos nacieron y vivieron en esa misma casa cuyas paredes yo me comía, en el terreno que ahora es nuestra casa “nueva” cuya cocina es exactamente en la misma parte de la casa anterior y desde donde escribo este fragmento. Siento que mis ancestros y sus historias interminables me rodean, me acompañan. Me susurran que no olvide de dónde venimos ni la tierra que nos une.

Para volver a casa en la tarde de los sábados esperábamos a mi abuelo que andaba con Cristóbal, su caballo, cargábamos la remesa, yo me montaba y alguno de los dos lo llevaba de cabresto porque en esa época era un caballo brioso, al llegar, la noche ya había caído y la abuela María se ponía a hacer sancocho como más me gustaba, con carne fresca, mientras tanto Luis y yo jugábamos billar a nuestra manera; en el patio de la casa, con todas las pelotas que yo tenía, de diferentes materiales, colores y tamaños, con el palo de la escoba como taco y herraduras viejas como tablero de puntos.

Los domingos íbamos a ordeñar, mi abuelo me enseñó cuando yo tenía cuatro años, con Mariposa, una vaca tan mansa que se dejaba hasta abrazar, pero el chorro de leche que yo sacaba era mínimo y me cansaba rápido, entonces solo lo acompañaba, tomaba espuma en hojas de guayabo o de lechero porque así se disfruta más el sabor y le abría la puerta a los terneros para que sus madres aflojaran la leche. A veces le llevaba plátanos a Cristóbal, él y yo nos queríamos mucho, cuando yo nací recién lo habían comprado, era el sustituto de la Yegua que se le robaron a mi abuela María.

¿Usted se ha puesto a pensar que uno puede hacerse amigo de un animal tan especial, fuerte y a veces tan salvaje como un caballo? Si yo no lo hubiese vivido imaginarlo sería difícil. Cristóbal era mi mejor amigo porque sabía escucharme, cuando le hablaba ponía sus orejas en dirección a mí y pestañeaba lento; confiaba en mí, cuando estaba asustado, lo que era frecuente, yo le acariciaba la crin, le susurraba expresiones de afecto y ponía mis manos como bateas sobre sus párpados, suavemente se tranquilizaba; era manso conmigo, a veces no se dejaba enlazar de nadie más, así que yo iba, lo llamaba desde lejos, él volteaba a ver y cuando llegaba a su lado agachaba la cabeza para que le pusiera el lazo. Para salir a cabalgar yo solo confiaba en Cristóbal porque nos conocíamos tanto que en los caminos frecuentes él ya sabía en qué parte yo prefería galopar, caminar o detenerme a contemplar. Nunca voy a olvidar la profundidad de su mirada el último día que nos vimos, se despidió lleno de amor, después de veintiún años compartiendo juntos.

Desde mi infancia hasta ahora hemos tenido varias cosechas, hemos visto nacer muchos terneros, aprendí a sembrar maíz y frijol y a partir de ahí me hice cargo de la huerta, no totalmente porque las responsabilidades en la ciudad llaman, pero sí de la siembra, junto a maíz cultivo fríjol y arveja, es un descanso para mi abuelo porque se puede encargar de todo lo demás, que es mucho, a veces mi mamá y mi abuela se ríen y dicen que me parezco a mi tía Melida, la hermana de mi abuelo Manuel, porque ella es fuerte y “le gusta trabajar la tierra como un hombre, no es de la cocina” pero yo sé que ellas son igual o más fuertes, que cuando han tenido oportunidad también han salido de la cocina y han entrado al campo, la tierra las llama. Y aunque su labor en el hogar es loable, en la sangre permanece el deseo de trabajar en la chacra.

Ahora estoy sentada en el corredor de casa, veo el atardecer, esta vez sola y pienso lo distinta que hubiera sido nuestra vida si no fuéramos de aquí sino de allá, si no hubiéramos construido una casa en el mismo terreno en el que estaba la primera, la de nuestros ancestros,

los primeros en llegar aquí, los primeros en admirar estos paisajes, mis tatarabuelos Rosa Palacios y José Erazo, que vinieron de lugares distintos y el destino los hizo coincidir en esta lejanía para formar una familia, para que yo esté aquí maravillada ante ese dorado que cubre con suavidad los árboles y convierte el verde en un color de tonalidades infinitas que se pueden sentir con el alma.

Si mi familia no fuera campesina quizá no pensaría en lo que serlo significa, en lo que significa tener una cosecha entre las manos o trabajar día a día bajo el sol, si yo no hubiera crecido rodeada de tierra, de vacas, gallinas, selva y montaña tal vez no apreciaría la belleza del campo como lo hago. No sé en qué momento empecé a sentirme tan orgullosa de mi entorno, de mis raíces, de mi familia, el corazón me dice que fue hace ya mucho tiempo, porque precisamente amar el oficio familiar fue lo que me llevó a querer ponerlo en práctica, en casa solo me pedían que estudiara y lo hice, pero me resultaba imposible estar rodeada de tanto conocimiento, de toda una cultura y no querer ser parte de ella, abrazarla con el alma.

Ahora paso más tiempo en la ciudad que en el campo, pero sigo siendo y sintiéndome tan campesina como siempre, por mis venas corre todavía la tierra; soy campesina en la ciudad cuando llego de casa con envueltos de choclo, plátanos, café recién tostado, panela, chontaduros, mandarinas, naranjas, limones, pan de maíz, huevos y tres litros de leche para estar comiendo mientras vuelvo a visitar, todo cultivado por las manos amorosas de mis abuelos, cosechado y empacado por mi madre con ternura. Soy campesina en la ciudad cada noche cuando siento que al cielo le faltan estrellas y cada mañana cuando extraño el olor a verde en el aire, soy campesina cuando busco una sonrisa en los labios de extraños, porque añoro saludar a quienes pasan por mi lado, soy campesina cuando los ojos se me llenan de lágrimas al escribir la historia de mis abuelos, soy campesina cuando imagino mi futuro en el campo, soy campesina.

3.3 La historia en imágenes

Figura 2

Cosecha de recuerdos



Nota. Imagen de elaboración propia.

CONCLUSIONES

La agricultura cumple un papel determinante en la sociedad al relacionarse con factores como la seguridad alimentaria y la economía de numerosas naciones alrededor del mundo, además es la forma de vida y el sustento de miles de personas. Quienes se dedican a ella, en su mayoría campesinos, cuentan con conocimientos ancestrales y una identidad cultural propia, algo invaluable al tener en cuenta que su oficio implica una relación constante con la tierra. A pesar de lo anterior, el campo, sus habitantes y sus costumbres suelen ser dejados de lado²⁶, como un otro del que se conoce la existencia, pero no se tiene interés, lo que genera numerosas dificultades como la exclusión, la desigualdad y el abandono estatal, viéndose directamente afectada la calidad de vida de los campesinos.

La literatura como parte y reflejo de la sociedad es un medio importante para dar visibilidad a las diferentes temáticas que con frecuencia circundan al ser humano, sin embargo, en ese campo también se evidencia el poco interés o conocimiento que hay sobre la ruralidad; cuando se profundiza en el ámbito de la literatura escrita por mujeres en Colombia, como concierne a esta investigación, queda en evidencia que la cantidad de obras en las que se retrata la vida de los campesinos o las costumbres de la ruralidad es mínima, siendo más frecuentes los relatos acerca de la violencia en el campo, es decir, aquellos en los que el foco de la narración está en los hechos violentos, no en el medio rural.

Al conocer toda la información aquí contenida es propicio preguntarse: ¿por qué no se escribe sobre la ruralidad en Colombia?, y ¿cuáles son las consecuencias de esa no-escritura?; por supuesto, tratar de encontrar una respuesta a esos interrogantes es tarea de nuevos y más profundos trabajos investigativos. No obstante, hemos evidenciado que los campesinos son

²⁶ Dejados de lado hablando de manera general, porque quienes se interesan en el campo suelen ser aquellos que tienen o han tenido una relación directa con él y aquellos que estudian el tema en relación con su área de conocimiento.

víctimas de la desigualdad social, por lo que una de las razones por las que no se escribe sobre el campo es la cantidad de limitaciones que tienen los habitantes rurales para acceder a derechos básicos como una educación de calidad; si en las aulas no se lee o no se escribe las probabilidades de que los estudiantes se acerquen a la literatura y a la escritura disminuyen.

A lo que quiero llegar es a que, si quienes valoran y se apropian del campo son principalmente aquellos que lo habitan o lo han habitado, son ellos los escritores potenciales de la vida en el medio rural. El ejemplo claro es Rocío Vélez, una mujer que reflejó su cercanía, conocimiento y amor a la tierra mediante su obra, y pudo hacerlo porque contó con los medios necesarios para dedicarse a escribir, medios que no tienen la mayoría de los campesinos.

Ahora bien, si al estudiante rural se le ofrece una literatura con la que se pueda sentir identificado, una literatura que cuente con personajes y situaciones similares a las que lo rodean, su acercamiento e interés en las letras se puede incrementar. Ahí radica uno de los retos de la docencia, encontrar y facilitar al estudiante aquellos textos que le recuerden y lo acerquen a su realidad porque la literatura que lleva al reconocimiento de sí y del entorno genera mayores emociones y reflexiones que ocasionalmente pueden dar paso a la escritura desde la propia experiencia.

Es necesario que haya campesinos que relaten el campo porque ellos conocen mejor que nadie su riqueza, el medio rural está lleno de historias, tradiciones y conocimiento que no deben quedar en el olvido, que pueden llegar a personas de diferentes contextos como una luz, permitiéndoles ver la profundidad de lo que se esconde entre las semillas, la tierra y el cultivo, por eso es importante lo que se lee; el niño, joven o adulto campesino que se acerque a obras sobre la ruralidad tendrá mayor oportunidad de reconocer y compartir la importancia de su oficio, de su modo de vida.

La última parte de este trabajo es precisamente el resultado de un arraigo con la tierra, de un deseo de narrar lo muchas veces desconocido, el campo desde la experiencia propia. Es mi voz como mujer, como campesina y como escritora en formación, soy yo poniendo en texto las historias de vida que mi familia me ha contado desde siempre, porque eso también es parte del campo, hablar mucho, nuestra forma de relacionarnos con el mundo lo permite, mientras se siembra o se cosecha uno puede estar disfrutando de buenas conversaciones y aprendiendo mediante la oralidad.

Las conversaciones y experiencias, vivir a la vez que escuchar las historias del otro son dos elementos que entran en diálogo entre la creación literaria presentada en el tercer capítulo y las obras de Rocío Vélez, en especial *Terrateniente* (2020), ambas parten de esos relatos que se presenciaron, que se escucharon o sintieron, que son parte de una realidad y que la literatura ha permitido registrar para compartir, compilar para visibilizar. Que ambos relatos, con sus similitudes y contrastes sean expuestos en esta investigación es una respuesta a esa falta de literatura de la ruralidad, es un primer paso para el cambio, un llamado al interés de otros y, sobre todo, una muestra de justicia a las historias sin contar.

REFERENCIAS

- Araújo, H. (1993). Siete novelistas colombianas. En Arciniegas, G (Ed.), *Manual de literatura colombiana* (pp.409–462). Planeta.
- Arias, F. (2022). Pacto de Chicoral, funeral de la reforma agraria. *Señal Memoria*.
<https://www.senalmemoria.co/articulos/pacto-de-chicoral-funeral-reforma-agraria>
- Ballesteros, I. (1995). La creación de espacio femenino en la escritura. La tendencia autobiográfica en la novela. En Jaramillo, M.M, Osorio de Negret, B y Robledo, Á (Eds.), *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX* (1ra ed., vol. 2, pp. 349-379). Ediciones Uniandes. Editorial Universidad de Antioquia.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio* (De Champourcin, E. Trád.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1957).
- Barthes, R. (15 de diciembre de 2019). La muerte del autor por Roland Barthes. *Bloghemia*.
<https://www.bloghemia.com/2019/12/la-muerte-del-autor-por-roland-barthes.html>
- Campbell, J. (1999). *Las máscaras de Dios: Mitología occidental*. Alianza.
- Cañas, M. (s.f). *Vida y Obra*. Centro de Estudios Estanislao Zuleta.
<https://ceez.org/formacion-ciudadana/paginas-de-ayer-para-mujeres-de-hoy/rocio-velez/?v=c73a317098ee>
- Congreso de la República de Colombia (Diciembre 16, 1936). Ley 200. *Sobre régimen de tierras*. DO. 23388.
<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=16049>
- Congreso de la República de Colombia (Enero 29, 2016). Ley 1776. *Por la cual se crean y se desarrollan las Zonas de Interés de Desarrollo Rural, Económico y Social, Zidres*. DO. 49.770.
<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=74057>

- Congreso de la República de Colombia (Junio 10, 2011). Ley 1448. *Ley de víctimas*. DO. 48096. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=43043>
- Cruz, E. (2017). La rebelión de las ruanas: el paro nacional agrario en Colombia. *Revista Análisis*, 49 (90), 83-109. <https://doi.org/10.15332/s0120-8454.2016.0090.04>
- Del Acebo, E. (1996). *Sociología del arraigo: una lectura crítica de la teoría de la ciudad*. Editorial Claridad.
- García, F. (1985). *Poema del Cante Jondo: Romancero gitano*. Allen Josephs, Juan Caballero (eds.). 8ª ed. Editorial Cátedra.
- González, J. O. (2022). *Ciudad y campo en Colombia hasta comienzos del siglo XX: De la utopía urbana a la ruralización, y a la urbanización acelerada*. CEPAL
- Jaramillo, M.M y Osorio, B. (1995). Escritoras colombianas del siglo XX. En Velásquez, M (Ed.), *Las mujeres en la historia de Colombia* (Vol. 3, pp. 158-212). Norma.
- LeGrand, C. (1984). De las tierras públicas a las propiedades privadas: acaparamiento de tierras y conflictos agrarios en Colombia. 1870 - 1936. *Lecturas De Economía*, (13), 14–50. <https://doi.org/10.17533/udea.le.n13a18553>
- Machado, A. (2017). *El problema de la Tierra*. Debate.
- Medrano, D y Villar, R. (1988). *Mujer campesina y organización rural en Colombia*. Fondo editorial CEREC.
- Meertens, D. (2000). *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Universidad Nacional de Colombia.
- Melo, J.O. Ciudad y campo en Colombia hasta comienzos del siglo XX: de la utopía urbana a la ruralización, y a la urbanización acelerada, CEPAL - *Serie Estudios y Perspectivas*, (47), 2-21. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/47966-ciudad-campo-colombia-comienzos-siglo-xx-la-utopia-urbana-la-ruralizacion-la>

- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (2023). *El campesinado será sujeto de derechos: aprobado definitivamente en el Congreso el proyecto que lo reconoce*. <https://www.minagricultura.gov.co/noticias/Paginas/El-campesinado-ser%C3%A1-sujeto-de-derechos-aprobado-definitivamente-en-el-Congreso-el-proyecto-que-lo-reconoce.aspx#:~:text=13%2F06%2F2023-,El%20campesinado%20ser%C3%A1%20sujeto%20de%20derechos%3A%20aprobado%20definitivamente%20en%20el,el%20proyecto%20que%20lo%20reconoce&text=La%20plenaria%20de%20la%20C%C3%A1mara,derechos%20y%20de%20especial%20protecci%C3%B3n.>
- Ministerio de Justicia y del Derecho. (s.f). *ABC de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras*. <https://www.minjusticia.gov.co/programas-co/justicia-transicional/Paginas/ABC.aspx>
- Muñoz, J. A. (2008). En Clara Martínez Mesa (ed.), *Obra Completa en verso*, Editorial Pre-Textos.
- Ordóñez, M. (1995). El oficio de escribir. En Jaramillo, M.M, Osorio de Negret, B y Robledo, Á (Eds.), *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX* (1ra ed., vol. 2, pp. 317-321). Ediciones Uniandes. Editorial Universidad de Antioquia.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo - PNUD. (2011). *Mujeres Rurales. Gestoras de esperanza*. ONU Mujeres o Unión Gráfica Ltda.
- Reina Valera. (1960). Biblia online. La palabra de Dios. <https://www.biblia.es/reina-valera-1960.php#>
- Rodríguez, E. C. (2017). La rebelión de las ruanas: el paro nacional agrario en Colombia. *Análisis: revista colombiana de humanidades*, (90), 83-109. Universidad Nacional de Colombia.

Sánchez, M. (2019). *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural*.

Titivillus.

Vélez de Piedrahíta, R. (1959). *Cuatro mujeres y el voto libre*. Bedout

Vélez de Piedrahíta, R. (2020). *Terrateniente*. EAFIT. Universidad de Antioquia.

Weigel, S. (1986). La mirada bizca: Sobre la historia de la escritura de las mujeres. En Ecker,

G (Ed.), *Estética feminista* (01 ed., pp. 69-98). ICARIA Editorial, S. A.

ANEXOS

Se presenta como anexo el resumen de asistencia de cada una de las videoconferencias realizadas para desarrollar la investigación. La primera con la escritora Claudia Ivonne Giraldo, la segunda con Carmen Piedrahíta, hija de Rocío Vélez.

Entrevista - Claudia Ivonne Giraldo				
Resumen				
2	9:56 a. m. - 11:01 ...	1h 5m 31s	1h 2m	
Asistieron	Hora de inicio y finalización	Duración de la reunión	Tiempo medio de asistencia	
Participantes				
Nombre	Primera unión	Última salida	Duración de la reunión	Rol
DAYANNA MEDINA ERAZO da.medina@unicauca.edu.co	9:59 a. m.	11:01 a. m.	1h 2m 15s	Organizador
Ci Claudia Ivonne	9:59 a. m.	11:01 a. m.	1h 1m 45s	Moderador

Conversación Carmen Piedrahíta				
Resumen				
2	1:58 p. m. - 2:58 ...	1h 47s	56m 11s	
Asistieron	Hora de inicio y finalización	Duración de la reunión	Tiempo medio de asistencia	
Participantes				
Nombre	Primera unión	Última salida	Duración de la reunión	Rol
DAYANNA MEDINA ERAZO da.medina@unicauca.edu.co	1:58 p. m.	2:58 p. m.	1h 40s	Organizador
C Carmen	2:07 p. m.	2:58 p. m.	51m 42s	Moderador

Del conversatorio con Carmen se anexa el siguiente enlace que redirige al vídeo de la llamada: <https://youtu.be/HaYZnT-A27E>

